

San Francisco, promotor de la cultura

Como pastor de una diócesis compuesta en su inmensa mayoría por aldeanos y montañeses analfabetos, herederos de una "cultura" ancestral y práctica, Francisco de Sales fue también el promotor de una cultura erudita entre la élite intelectual. Para transmitir su mensaje, comprendió que debía conocer a su público y tener en cuenta sus necesidades y gustos. Cuando le hablaba a la gente, y especialmente cuando escribía para gente educada, su método era el que estableció en el Prefacio de su «Teótimo»: «Por supuesto, tomé en consideración la condición de las mentes de este siglo, y tuve que hacerlo: es muy importante considerar la edad en la que uno escribe».

Francisco de Sales y la cultura popular

Nacido en el seno de una familia noble con fuertes lazos con la tierra, Francisco de Sales nunca fue ajeno a la cultura popular. El entorno en el que creció ya le ponía en estrecho contacto con el pueblo llano, hasta el punto de que él mismo se colocaba de buen grado entre los «grandes montañeses» cuando se levantaban por la mañana. Durante sus visitas pastorales, utilizaba el patois, hablando coloquialmente "la lengua grosera del país para hacerse oír mejor". En cualquier caso, es seguro que el contacto directo con el conjunto de la población imprimió a su experiencia pastoral una tonalidad concreta y cálida.

Los autores que se ocuparon de la transmisión de la cultura popular en esta época subrayan, además, que no existían fronteras rigurosas entre mensaje religioso y cultura popular, dado que elementos extranjeros se fusionaban espontáneamente con la religión enseñada oficialmente. Como es sabido, la cultura popular se expresa mucho mejor en forma narrativa que escrita. Hay que recordar que un cierto

porcentaje de la población no sabía leer y la mayoría no sabía escribir. En general, los ancianos, los sabios y los hombres sabían leer, mientras que los niños, la gente común y las mujeres eran analfabetos.

En cualquier caso, los libros expuestos en las librerías o en los vendedores ambulantes estaban haciendo su aparición, no sólo en las ciudades, sino también en los pueblos. Esta producción de folletos baratos debió ser necesariamente muy variada, dependiendo probablemente en gran medida de la literatura popular, que aún transmitía una sensibilidad medieval: vidas de santos, novelas de caballerías, historias de bandoleros o almanaques con sus previsiones meteorológicas y sus consejos para los seres humanos y los animales. Pero también iban llegando producciones más modernas: novelas, tal vez incluso manuales de buenas costumbres, o incluso obras de piedad en la línea del Concilio de Trento.

Pero la cultura popular también se transmitía a través de reuniones cotidianas y en las fiestas, cuando íbamos a beber y comer juntos a tabernas y fondas, en particular, con motivo de bodas, bautizos, funerales y hermandades, durante bailes y tiovivos festivos, en ferias y mercados. Francisco de Sales tal vez prestó un buen servicio a la sociedad al no prohibir sistemáticamente todas las manifestaciones de convivencia y entretenimiento público, limitándose a imponer restricciones a los eclesiásticos, a los que se les exigía mantener una cierta reserva.

Sabiduría y habilidad

Francisco de Sales, comprensivo observador de la naturaleza y de las personas, aprendió mucho de su contacto. Son los agricultores y quienes trabajan la tierra quienes le han dicho que “cuando nieva lo suficiente en invierno, la cosecha será mejor el año siguiente”. En cuanto a los pastores y pastores de montaña, el cuidado que tienen de sus rebaños y manadas es un ejemplo de celo “pastoral”.

En el mundo de los oficios, Francisco de Sales pudo observar a menudo de cerca sus admirables habilidades: “Los agricultores siembran los campos sólo después de haberlos arado y limpiado de arbustos espinosos; los albañiles utilizan las piedras sólo después de haberlas escuadrado; los herreros sólo trabajan el hierro después de golpearlo; Los orfebres cincelan el oro sólo después de purificarlo en el crisol”.

No falta el humor en determinadas historias que cuenta. Desde la antigüedad, los barberos han tenido fama de ser grandes conversadores; a alguien que le preguntó a un rey: ¿cómo quieres que te corte la barba? él respondió: “Sin decir una palabra”. ¿A quién se le debe dar crédito por la elegancia al vestir? Si uno “se enorgullece de estar bien vestido”, “¿quién no ve que esa gloria, si la hay, pertenece al sastre y al zapatero?”. Con su trabajo el carpintero hace pequeños milagros y “quien no sabe nada de incrustaciones, al ver baúles retorcidos en un taller de carpintería, se sorprendería al saber que de un baúl así se puede obtener una verdadera obra maestra”. Incluso los vidrieros se asombran al verlos crear objetos maravillosos con el aliento de sus bocas

El arte de la tipografía era, pues, objeto de su gran admiración, aunque en él los motivos religiosos prevalecían sobre cualquier otra consideración, como se desprende de una carta en italiano aproximado que escribió al nuncio de Turín en mayo de 1598:

“Fra l ‘Otras cosas necesarias, una es que haya una impresora en los anexos. Los haeréticos envían cada hora libritos muy pestilentes, y muchas obras católicas quedan en manos de los autores porque no pueden enviarlas con seguridad a Lyon y no tienen las instalaciones de una imprenta”.

El Arte y los artistas

En el ámbito de las artes, el triunfo del Renacimiento brilló en obras inspiradas en la antigüedad. Francisco de Sales pudo contemplarlos durante sus estancias en Francia e Italia. En Roma, durante su viaje de 1599, pudo

admirar la estupenda cúpula de San Pedro, terminada sólo unos años antes: “El palacio, la basílica, el monumento de San Pedro son grandes”.

La escultura clásica era entonces objeto de tal admiración, escribe Francisco de Sales, que incluso “se conservan fragmentos de estatuas antiguas para recordar la antigüedad”. Él mismo nombra a varios escultores antiguos, empezando por Fidias, este artista, que “nunca representó nada tan perfecto como las divinidades”. Aquí está Policleto, “mi Policleto, tan querido para mí”, afirmó, que con “su mano maestra” transfiguró el bronce. Recuerda también el Coloso de Rodas, símbolo de la divina providencia, en el que no hay “ni cambio ni sombra de vicisitud”.

Y ahora aquí están los pintores famosos nombrados por Plinio y Plutarco: Arelio, que “pintó todos los rostros de sus retratos a semejanza de las mujeres que amaba”; Apeles, pintor ‘único’, preferido por Alejandro Magno; Timante, que cubrió con un velo la cabeza de Agamenón porque desesperaba de poder expresar plenamente la consternación pintada en su rostro al ver a su hija Ifigenia”; Zeuxis, que pintaba uvas con maestría, de modo que “los pájaros creían que las uvas pintadas eran uvas reales, tanto había imitado el arte a la naturaleza”.

Percibimos en Francesco de Sales un aprecio real por la belleza de la obra de arte como tal, y al mismo tiempo la capacidad de comunicar sus emociones a los lectores. ¿No sería la pintura un arte divino? La palabra de Dios no se sitúa sólo a nivel del oído, sino también a nivel de la vista y de la contemplación estética: “Dios es el pintor, nuestra fe es la pintura, los colores son la palabra de Dios, el pincel es la Iglesia”.

Se sintió especialmente atraído por la pintura religiosa, muy recomendada por su antiguo director espiritual Possevino, que le envió su “encantadora obra” *De poesi et pictura*. Él mismo se consideraba pintor, porque, escribió en el prefacio de la Filotea, “Dios quiere que pinte en los

corazones de la gente no sólo las virtudes comunes, sino también su muy querida y amada devoción”.

Francisco de Sales también amaba el canto y la música. Sabemos que hacía cantar himnos durante las clases de catecismo, pero nos gustaría saber qué se cantaba en su catedral. ¡Una vez, en una carta, al día siguiente de una ceremonia en la que se había cantado un texto del *Cantar de los Cantares*, exclamó: “¡Ah! qué bien se cantó ayer en nuestra iglesia y en mi corazón!” Conocía y apreciaba las diferencias entre los instrumentos: “Entre los instrumentos, los tambores y las trompetas hacen más ruido, pero los laúdes y las espinetas hacen más melodía; el sonido de unos es más fuerte, y el de los otros más suave y espiritual”.

La Academia “florimontana” (1606)

“La ciudad de Annecy – escribió pomposamente su sobrino Charles-Auguste de Sales – bajo un prelado tan famoso como Francisco de Sales y bajo un presidente tan ilustre como Antoine Favre era comparable a la ciudad de Atenas, y estaba entonces habitada por un gran número de médicos, tanto teólogos como de juristas y de eminentes literatos”.

Nos hemos preguntado cómo pudo surgir en el espíritu de Francisco la idea de fundar una academia llamada «florimontana» con su amigo Antoine Favre, a finales de 1606, “porque las musas florecen en las montañas de Saboya”. Hay que ver en él el fruto de la amistad que unía al obispo y al jurisconsulto, y el resultado de su íntima colaboración. Sus contactos con Italia probablemente no estuvieron ajenos a esta comprensión. Nacidas en Italia a finales del siglo XIV, las academias se habían generalizado. Entre ellas destacó la Academia Platónica de Florencia, animada por Marsilio Ficino, cuya influencia es reconocible en el autor del Teótimo. En Turín existía la Academia “papiniana”, de la que Antoine Favre había sido miembro. Tampoco hay que olvidar que los calvinistas de Ginebra tenían el suyo propio, y esto debió

pesar mucho a la hora de crear un “rival” católico.

La Academia de Annecy tenía su emblema: un naranjo, árbol admirado por Francisco de Sales, porque está lleno de flores y frutos en todas las estaciones (*flores fructusque perennes*). De hecho, explicó Francisco, “en Italia, en la costa de Génova, y también en los países de Francia, como Provenza, a lo largo de las costas, en todas las estaciones se pueden ver cubiertas de hojas, flores y frutos”.

El programa de los encuentros era enciclopédico, ya que según los Estatutos “las lecciones serán de teología, de política, de filosofía, de retórica, de cosmografía, de geometría o de aritmética”. En cualquier caso, se prestó especial atención a las letras y a la belleza formal. Un artículo de los Estatutos decía: “El estilo al hablar o leer será serio, refinado, elegante y evitará toda forma de pedantería”.

La Academia estaba formada por científicos y profesores reconocidos, pero también se impartían cursos públicos que la convertían en una especie de pequeña universidad popular. De hecho, había asambleas generales en las que podían participar “todos los buenos maestros de las artes honestas, como pintores, escultores, carpinteros, arquitectos y similares”.

Está claro que el objetivo de los dos fundadores era reunir a la élite intelectual de Saboya y poner las letras y las ciencias al servicio de la fe y la piedad, según el ideal del humanismo cristiano. Las sesiones se llevaron a cabo en la casa de Antoine Favre, donde su esposa e hijos se ocuparon de recibir a los invitados. Por tanto, la atmósfera parecía algo familiar. Por otra parte, decía un artículo, “todos los académicos estarán unidos entre sí por el amor mutuo y fraternal”.

Entre los académicos o miembros correspondientes de la Academia destacó el abad comendatario de Hautecombe, Alfonso Delbene, descendiente de una numerosa familia de Florencia, amigo de Giusto Lipsio y de Ronsard que

le dedicó su Arte Poético; ha sido calificado como un puente entre la cultura italiana y la cultura francesa.

Los inicios de la Academia fueron brillantes y parecían prometedores. Según Charles-Auguste de Sales, el primer año se abrió con “el curso de matemáticas con la *Aritmética* de Jacques Pelletier, los *Elementos* de Euclides, la esfera y la cosmografía con sus partes, la geografía, la hidrografía, la corografía y la topografía; seguido del arte de la navegación y la teoría de los planetas, y finalmente la música teórica”. Por lo demás, lo que se sabe es poco.

En 1610, tres años después del comienzo, Antoine Favre fue nombrado presidente del Senado de Saboya y partió hacia Chambéry. El obispo, por su parte, ciertamente no podía mantener solo la Academia Florimont, que decayó y desapareció. Sin embargo, si su existencia fue efímera, su influencia fue duradera. El proyecto cultural que le había dado origen fue retomado por los barnabitas, que llegaron al colegio de Annecy en 1614.

¿Un asunto Galileo en Annecy?

El colegio de Annecy contaba con una celebridad en la persona del padre Redento Baranzano, un bernabita piomontés conquistado por las nuevas teorías científicas, un profesor brillante que despertaba la admiración e incluso el entusiasmo de los estudiantes. En 1617 se publicó, sin autorización de sus superiores, un resumen de sus cursos bajo el título *Uranoscopia*, donde desarrolló el sistema planetario de Copérnico, así como las ideas de Galileo. El libro pronto causó revuelo hasta el punto de que sus superiores llamaron al autor a Milán. En septiembre de 1617, Francisco de Sales escribió una carta en italiano al general de los bernabitas para defender al interesado a nivel personal, sin mencionar sus ideas, para que pudiera ser restituido a sus funciones.

El deseo del obispo se cumplió: el padre Baranzano regresó a Annecy a finales de octubre del mismo año. A finales de noviembre, el obispo expresó su satisfacción al

superior general. El religioso publicó un nuevo folleto en 1618 como señal de buena voluntad, pero no parece que haya renunciado a sus ideas.

En 1619, el erudito bernabita publicó en Lyon las *Novae opiniones physicae*, primer volumen de la segunda parte de una ambiciosa *Summa philosophica anneciensis*. El obispo había dado su aprobación oficial a «esta obra erudita de un hombre erudito» y autorizó su impresión. El canónigo que, a petición del obispo, la examinó, consideró que la obra no contenía «nada contrario a la fe, a las enseñanzas de la Iglesia católica y a las buenas costumbres», y que presentaba “a todo amante de la filosofía una Doctrina filosófica muy digna, valiosa por su clara articulación, singular minuciosidad, agradable brevedad, erudición poco común y, en su materia, muy rara”.

Cabe señalar que Baranzano adquirió fama internacional y que estuvo en contacto con Francis Bacon, el impulsor inglés de la reforma de la ciencia, junto con el astrónomo alemán Giovanni Kepler, y con el propio Galileo. Fue la época en la que se inició imprudentemente un proceso contra estos últimos, con el fin de salvaguardar, se pensaba, la autoridad de la Biblia comprometida por las nuevas teorías sobre la rotación de la Tierra alrededor del Sol. Mientras que el cardenal Belarmino estaba preocupado por el daño de las nuevas teorías, para Francisco de Sales no podía haber contradicciones entre razón y fe. ¿Y no era el sol el símbolo del amor celestial, alrededor del cual todo se mueve, y el centro de la devoción?

La alta cultura y la teología

Francisco también se mantuvo informado de los temas abordados en los libros de teología a medida que iban apareciendo. Después de haber «visto con sumo placer» un borrador de la *Summa di theologia* de un padre cisterciense, envió algunos consejos por escrito al autor. En su opinión, es necesario eliminar “todas las palabras excesivamente

escolásticas”, “superfluas” e “inapropiadas” utilizadas en la Suma para no hacerla “demasiado grande” y garantizar que sea “todo jugo y pulpa”, haciéndola así «más nutritiva y apetecible»; luego sugirió “dar más espacio a las cuestiones realmente importantes sobre las que es necesario educar mejor al lector” y, finalmente, no tener miedo de utilizar un “estilo afectivo”, es decir, capaz de emocionar. Más tarde, escribiendo a uno de sus sacerdotes que se dedicaba a los estudios literarios y eruditos, le dio más o menos las mismas recomendaciones: “Debo decirle que los conocimientos que voy adquiriendo cada día, más que los estados de ánimo del mundo, me llevan a Espero apasionadamente que la bondad divina inspire a algunos de sus servidores a escribir según el gusto de este pobre mundo”.

Escribir “según el gusto de este pobre mundo” presuponía que se permitía utilizar ciertos medios capaces de despertar el interés del lector de la época:

En verdad, Señor, somos pescadores y pescadores de hombres. Por tanto, debemos utilizar para esta pesca no sólo los cuidados, los esfuerzos y las vigiliass, sino también el cebo, la industria, los acercamientos y, si es legítimo expresarlo así, las santas artimañas. El mundo se está volviendo tan delicado que, pronto, nadie se atreverá a tocarlo sino con guantes almizclados, ni a curar sus heridas más que con cataplasmas de algalia; pero ¿qué importa si los hombres son sanados y finalmente salvos? Nuestra reina, la caridad, hace todo por sus hijos.

Otro defecto, especialmente entre los teólogos, fue la falta de claridad; esto le hizo querer escribir en la portada de determinadas obras: *¡Fiat lux!*

Un escritor lleno de proyectos

Hacia el final de su vida todavía tenía numerosos proyectos en mente. Michel Favre afirmó que Francisco tenía la intención de escribir un tratado titulado

Sobre el amor al prójimo, así como una Historia teándrica en cuatro libros: una traducción vernácula de los cuatro evangelios en forma de concordancia; una demostración de los puntos principales de la fe de la Iglesia Católica; una educación sobre las buenas costumbres y la práctica de las virtudes cristianas»; finalmente una historia de los Hechos de los Apóstoles. Todavía tenía a la vista un Libro sobre los cuatro amores, en el que prometía enseñar cómo debemos amar a Dios, a nosotros mismos, a nuestros amigos y a nuestros enemigos.

Ninguno de estos volúmenes verá la luz del día. “Moriré como esas mujeres embarazadas – escribió – que no dan a luz lo que han concebido”. Su “filosofía” era la siguiente: “Es necesario asumir más compromisos de los que uno sabe cumplir y como si tuviera que vivir mucho tiempo, sin preocuparse, sin embargo, de hacer más de lo que uno haría, sabiendo que Tendrá que morir al día siguiente.”

San Francisco de Sales al servicio de la educación

Francisco de Sales estaba convencido de que «de la buena o mala educación de la juventud depende radicalmente el bienestar o el malestar de la sociedad y del estado»; también creía “que los colegios son como viveros y seminarios, de donde salen los que más tarde ocuparán cargos y puestos, destinados a ser bien o mal administrados en la medida en que previamente los injertos hayan sido bien o mal cultivados”. Por ello, deseaba que «la juventud sea educada por igual en la piedad y la moral, como en las letras y las ciencias».

Escuela, internado y formación profesional en Thonon

La formación de la juventud en los estudios y en la fe católica era particularmente urgente en Thonon, ciudad cercana a Ginebra. Varios proyectos ocuparon el espíritu de Francisco de Sales durante muchos años, en la época en que era párroco y más tarde obispo.

Antes del retorno de la ciudad al catolicismo, había una escuela en Thonon fundada gracias a un legado que aseguraba recursos suficientes para la educación de doce escolares. En 1579, la educación estaba a cargo de dos o tres institutrices. Con la restauración del catolicismo en Thonon en 1598, el presbítero de Sales pidió que el legado se utilizara para doce alumnos «que fueran católicos».

Pero el proyecto que estaba más cerca del corazón del párroco era traer a los padres de la Compañía de Jesús a Thonon: «Quienquiera que añadiera a esto un colegio de jesuitas en esta ciudad, haría que toda la zona circundante, que, en lo que respecta a la religión, es casi completamente indiferente, participara de este bien». El párroco preparó una *Memoria* en la que afirmaba enérgicamente la convicción general: «No hay nada más útil para esta provincia de Chiablèse que construir un colegio de la Compañía de Jesús en la ciudad de Thonon».

A finales de octubre de 1599 llegó un primer jesuita, a finales de noviembre un segundo y los demás estaban en camino desde Aviñón. Hacia finales de año, los jesuitas que llegaron a Thonon comenzaron con una «escuelita», que al año siguiente tendría ciento veinte alumnos. Como consecuencia de los disturbios de 1600, se dispersaron durante varios meses, tras lo cual volvieron a abrir escuelas con unos trescientos alumnos.

Pero ¿de qué servirían las escuelas de gramática si, por humanidad, se obligaba a los alumnos a asistir a colegios protestantes? Era urgente crear clases secundarias y superiores de filosofía, teología, Sagrada Escritura y derecho. A principios de diciembre de 1602, todo parecía listo para la apertura del colegio y futura universidad de Thonon. Ahora bien, pocos días después, el intento fallido del duque

de Saboya de retomar Ginebra hizo que los jesuitas se marcharan de nuevo. Pronto se vieron obligados a retirarse definitivamente.

Tras la marcha de los jesuitas, el colegio se reactivó con la ayuda de personal local. El colegio de Thonon no conoció un verdadero desarrollo hasta finales de 1615, cuando el obispo recurrió a la congregación de barnabitas, ya establecida en el colegio de Annecy.

Al mismo tiempo que se preveían los estudios literarios, otro proyecto movilizaba las energías del párroco y de sus colaboradores. En 1599, Francisco de Sales preconiza la fundación de una «posada de todas las ciencias y artes», es decir, una especie de escuela profesional dotada de una imprenta, una fábrica de papel, un taller mecánico, una pasamanería y una armería.

Hay que subrayar la idea de una institución para la formación en las «artes y oficios», porque el aprendizaje se realizaba normalmente en casa, con el padre enseñando su oficio al hijo destinado a sucederle, o con un artesano. Por otra parte, se observa que Francisco de Sales y sus colaboradores se interesaban por los oficios manuales considerados viles, que la mayoría de los humanistas parecían ignorar. Promover las «artes mecánicas» significaba también valorar a los artesanos que las élites tendían a despreciar.

Las pequeñas escuelas de la diócesis

En 1606, había en la diócesis quince escuelas de varones, donde se enseñaba gramática, literatura y catecismo. En apariencia, esto era poco. En realidad, la alfabetización estaba bastante extendida en las parroquias; se organizaban cursillos en determinadas épocas del año, sobre todo en invierno, gracias a acuerdos temporales con los maestros y, sobre todo, a la buena voluntad de los párrocos y vice párrocos.

La enseñanza era elemental y consistía en primer lugar en aprender a leer mediante un libro de ortografía. El maestro no solía tener una habitación propia, sino que

utilizaba cualquier habitación, un establo o una cuadra. A veces «sus lecciones, impartidas al aire libre, incluso a 1.500 o 2.000 metros de altitud, con los alumnos sentados en una piedra, un carro, el tronco de un abeto o en los brazos de un arado, no carecían de encanto y pintoresquismo».

Como es de suponer, los maestros procedían generalmente del clero diocesano y de los religiosos. En el testamento de un tal Nicolas Clerc, se estipula que el servicio parroquial «será desempeñado por un rector capaz de instruir a la juventud hasta la gramática»; en caso de que «divague y descuide el oficio divino o la instrucción de la juventud, después de haber sido amonestado tres veces» y «remitido al obispo», será privado de sus ingresos y sustituido por otro clérigo.

En 1616, el obispo aceptó la petición de los principales de la ciudad de Bonne, que le rogaban que les proporcionara un monje de un convento vecino, encomendándole «la instrucción de la juventud en las letras y la piedad», «en vista del gran fruto y utilidad que se puede derivar de ello en vista de la buena instrucción que ha comenzado a dar a la juventud de dicha ciudad y su vecindad, que tienen la intención de enviar allí a sus propios hijos».

Los colegios

La enseñanza secundaria impartida en los colegios de Saboya se originó sobre todo gracias al desarrollo de las escuelas primarias, que, gracias a las donaciones, pudieron añadir clases de latín, gramática y bellas artes.

Monseñor intervino para salvar el colegio de La Roche, donde había realizado sus primeros estudios de gramática. El colegio no siempre disfrutó de días tranquilos. En 1605, Francisco de Sales escribió a los canónigos de la colegiata para acallar «la opinión personal» de algunos, rogándoles que «aseguraran de nuevo el consenso general»: «podéis y debéis contribuir», les escribió, «no sólo con vuestras voces, sino también con vuestras advertencias y el trabajo de convicción, ya que la erección y conservación de

este colegio servirá a la gloria de Dios y de la Iglesia», y procurará también «el bien de esta ciudad». El fin espiritual estaba, sí, en primer lugar, pero no se olvidaba el bien temporal.

En Annecy, el obispo siguió de cerca la vida del colegio fundado por Eustache Chappuis, en el que él mismo había estudiado de 1575 a 1578. Las dificultades que atravesaba le llevaron probablemente a visitar con frecuencia este instituto. Además, la presencia del obispo era un honor codiciado, sobre todo con ocasión de disputas filosóficas, a las que era invitado «monseñor, el reverendísimo obispo de Ginebra».

Las actas de las decisiones del colegio indican su presencia con ocasión de discusiones, así como de intervenciones para apoyar peticiones o establecer contratos con profesores. Según un testigo, el obispo acudía a primera hora de la mañana para asistir a «actos públicos, disputas, representaciones de acontecimientos históricos y otros ejercicios, para animar a la juventud, y, en particular, a las disputas públicas de filosofía al final de los cursos». El mismo testigo añade: «A menudo le veía participar personalmente en disputas filosóficas».

En realidad, según uno de los profesores de la época, «tanto la buena literatura como la sana moral habían perdido gran parte de su brillo» y los ingresos habían disminuido. La administración sufría sobresaltos. El obispo soñaba con una dirección nueva y estable para el colegio, que le parecía «casi un erial».

En 1613, de paso por Turín, le sugirieron el nombre de una nueva congregación que navegaba con el viento a favor: los Barnabitas. En Milán, se reunió con su superior general y se cerró el trato. En diciembre de 1614, firmó el contrato para que los Barnabitas entraran en el colegio Chappuis.

Francisco de Sales quedó tan satisfecho con los Barnabitas que, como hemos dicho, los llamó sin demora a

Thonon. En abril de 1615, pudo escribir a un amigo suyo: «Ciertamente, nuestros buenos Barnabitas son realmente muy buena gente: más dulces de lo que se puede decir, cumplidores, humildes y gentiles mucho más de lo que está de moda en su país». En consecuencia, sugirió que también vinieran a Francia:

Por mi parte, creo que un día serán de gran utilidad para Francia, porque hacen el bien no sólo con la instrucción de la juventud (que no es excesivamente necesaria en un país donde los padres jesuitas lo hacen tan excelentemente), sino que cantan en coro, oyen confesiones, dan catecismo incluso en los pueblos a los que son enviados, predicán; en una palabra, hacen todo lo que se puede desear, lo hacen muy cordialmente, y no piden mucho para su sustento».

En 1619 participó en las negociaciones para que los barnabitas se hicieran cargo del colegio de Beaune, en Borgoña. Como este trato fracasó, pudieron instalarse en Montargis al año siguiente.

Estudios superiores

El Ducado de Saboya, al no poder contar con grandes ciudades y ver a menudo amenazada su estabilidad, no tenía universidad propia. Los estudiantes que pudieron hacerlo fueron a estudiar al extranjero. El hermano de Francisco de Sales, Luis, fue enviado a Roma para estudiar allí Derecho. En Francia, había estudiantes saboyanos en Montpellier, donde iban a estudiar medicina, y en Toulouse, donde iban a estudiar derecho.

En Aviñón, el cardenal saboyano de Brogny había fundado un colegio en su palacio para acoger gratuitamente a veinticuatro estudiantes de Derecho, dieciséis de los cuales eran saboyanos. Desgraciadamente, los saboyanos perdieron las plazas que les estaban reservadas. En octubre de 1616, Francisco de Sales hizo varias gestiones ante el duque de Saboya y también en Roma para encontrar «algún remedio eficaz contra los desórdenes que, en el mismo colegio, se han

producido» y para que las plazas del colegio fueran devueltas a «los súbditos de Vuestra Alteza». Con ocasión de su último viaje, que le llevó a Aviñón en noviembre de 1621 y antes de concluirlo definitivamente en Lyon, habló largo y tendido con el vicelegado del Papa para defender una vez más los intereses saboyanos del colegio.

Incluso había estudiantes saboyanos en Lovaina, donde Eustache Chappuis había fundado un colegio para los saboyanos que asistían a la universidad. El obispo de Ginebra estaba en contacto constante y amistoso con Jacques de Bay, presidente del colegio; en varias ocasiones Francisco de Sales le escribió para recomendar a los que iban allí que se pusieran, como él decía, «bajo tus alas». En los casos en que los padres tenían dificultades para sufragar los gastos, decía que estaba dispuesto a reembolsárselos. Seguía a sus alumnos: «Estudia cada vez más», escribió a uno de ellos, «con espíritu de diligencia y humildad». También poseemos una carta de 1616 dirigida al nuevo presidente del colegio, Jean Massen, en favor de un estudiante de teología, pariente suyo, del que esperaba «progreso en las letras y en la virtud».

¿Escuelas para niñas?

Todo lo dicho hasta ahora sólo se refiere a la educación de los chicos. Sólo para ellos existían las escuelas. ¿Y para las niñas? En la época de Francisco de Sales, las únicas instituciones que podían ofrecer ayuda a las familias en este sentido eran los monasterios femeninos, que, sin embargo, se dedicaban principalmente al reclutamiento. Juana de Sales, la última hija de Madame de Boisy, fue enviada al monasterio en 1605, «para darle un cambio de aire y darle el gusto por la devoción». Ingresó a los doce años, pero como no sentía ninguna atracción por la vida religiosa, no es razonable, afirmaba Francisco de Sales, «dejar tanto tiempo en un monasterio a una joven que no tiene intención de quedarse allí para siempre». Ella se retiró ya en su segundo año.

Pero, ¿qué hacer si el monasterio se les cerraba? Estaba la solución de las Ursulinas, que empezaban a ser

conocidas como congregación para la educación de las jóvenes. Estaban presentes en la capital francesa desde 1608. El obispo alentó su llegada a Chambéry, escribiendo en 1612 que «sería muy bueno que en Chambéry hubiera ursulinas, y me gustaría contribuir haciendo algo para ello»; «tres hijas o mujeres valientes serían suficientes», añadió, «para empezar». La fundación no tendría lugar en la antigua capital de Saboya hasta 1625.

En 1614, pudo alegrarse de la reciente llegada de las Ursulinas a Lyon, «una de las congregaciones -dijo- que más ama mi espíritu». También las deseaba en su diócesis, particularmente en Thonon. En enero de 1621, escribió al superior de las Ursulinas de Besançon para tratar de alentar este proyecto, porque, escribió, «siempre he amado, estimado y honrado esas obras de gran caridad que vuestra congregación acostumbra a practicar, y por lo tanto, siempre he deseado profundamente su difusión también en esta provincia de Saboya». El proyecto, sin embargo, no pudo llevarse a cabo hasta 1634.

La educación de las jóvenes en los monasterios de la Visitación

Cuando, a partir de 1610, Francisco de Sales funda con Juana de Chantal lo que será la Orden de la Visitación, pronto se plantea la cuestión de la admisión y la educación de las jóvenes destinadas o no a la vida religiosa. Conocemos el caso de la hija de la Señora de Chantal, la alegre y coqueta *Franceschetta*, que sólo tenía once años cuando su madre, deseosa de que se hiciera religiosa, la llevó con ella a la casa que se convertiría en el hogar de la primera visitandina. Pero la joven tuvo que tomar otro camino. Las niñas enviadas a los monasterios sin desearlo no tenían más remedio que hacerse insoportables.

En 1614, una niña de nueve años, hija del guardián del castillo de Annecy, fue aceptada en el primer monasterio de la Visitación. A los catorce años, a fuerza de insistir, se

le permitió vestir el hábito religioso, pero sin tener los requisitos para ser novicia. Enferma de los pulmones, despertó la admiración del fundador, que sintió «un consuelo increíble, al encontrarla indiferente a la muerte y a la vida, en una actitud dulce de paciencia y con el rostro sonriente, a pesar de la fiebre altísima y de los muchos dolores que sufría». Como único consuelo, pidió que se le permitiera hacer su profesión antes de morir». Muy diferente, sin embargo, fue otra compañera, una joven de Lyon, hija del jefe de los comerciantes y gran benefactora, que se hizo insoportable en la comunidad hasta el punto de que la madre de Chantal tuvo que corregirla.

En la Visitación de Grenoble, una niña de doce años pide vivir con las religiosas. A la superiora, que dudaba en aceptar a esta «rosa» que podía llevar algunas espinas, la fundadora le aconsejó con una sonrisa y una pizca de astucia:

Es cierto que estas jóvenes dan algunas espinas; pero, ¿qué hay que hacer? En este mundo, nunca he encontrado un bien que no costara algo. Debemos disponer nuestras voluntades de tal modo que no busquen comodidades, o, si las buscan y las desean, sepan adaptarse serenamente a las dificultades que son siempre inseparables de las comodidades. En este mundo no hay vino sin fondo. Debemos, pues, calcular bien. ¿Es mejor que tengamos espinas en nuestro jardín para poder tener rosas, o que no tengamos rosas para no tener espinas? Si trae más bien que mal, será bueno admitirla; si trae más mal que bien, no debe admitírsela.

Al final, el Fundador se mostró muy circunspecto a la hora de admitir chicas jóvenes en los monasterios de la Visitación, debido a la incompatibilidad con el modo de vida de las religiosas.

De hecho, la Visitación no había sido concebida ni deseada para tal obra: «Dios -escribía el fundador a la superiora de Nevers – no ha elegido vuestro instituto para la educación de niñas, sino para la perfección de las mujeres y

de las jóvenes que son llamadas a él a esa edad en que ya pueden responder de lo que hacen». Era muy consciente de que la vida del monasterio difícilmente podía proporcionar un ambiente adecuado para el desarrollo de las niñas: «No sólo la experiencia, sino también la razón nos enseña que las niñas tan jóvenes, puestas bajo la disciplina de un monasterio, generalmente desproporcionada para su edad, comienzan a detestarlo y odiarlo».

A pesar de algunos arrepentimientos, Francisco de Sales no llegó a ser el fundador de un instituto dedicado a la educación. Sin embargo, es un hecho que sus esfuerzos a favor de la institución de la educación de niños y niñas, en todas sus formas, fueron numerosos y exigentes. El motivo primordial que le guiaba era espiritual, sobre todo cuando se trataba de alejar a la juventud del «veneno de la herejía», y en este sentido tuvo bastante éxito, a medida que la Reforma católica ganaba terreno; sin embargo, no descuidó el bien temporal que constituye la educación de la juventud en beneficio de la sociedad.

San Francisco de Sales catequista de niños

Formado según en la doctrina cristiana desde la infancia, en su ambiente familiar, luego en las escuelas y finalmente en contacto con los jesuitas, Francisco de Sales había asimilado perfectamente el contenido y el método de la catequesis de la época.

Una experiencia de catequesis en Thonon

El misionero de Chiablese se preguntaba cómo catequizar a la juventud de Thonon, que había crecido

impregnada de calvinismo. Los medios autoritarios no son necesariamente los más eficaces. ¿No era mejor atraer a los jóvenes e interesarlos? Este era el método que solía seguir el prebítero de Sales durante su estancia como misionero en Chiablèse.

También había intentado una experiencia que merece ser recordada. El 16 de julio de 1596, aprovechando la visita de sus dos jóvenes hermanos, Jean-François de dieciocho años y Bernard de trece, organizó una especie de recitación pública del catecismo para atraer a la juventud de Thonon. Él mismo compuso un texto en forma de preguntas y respuestas sobre las verdades fundamentales de la fe, e invitó a su hermano Bernard a responder.

El método del catequista es interesante. Al leer este pequeño catecismo dialogado, hay que recordar que no se trata simplemente de un texto escrito, sino de un diálogo destinado a ser representado ante un público de jóvenes en forma de "teatrito". En realidad, la "representación" tenía lugar en un "escenario", o podio, como era costumbre entre los jesuitas del colegio de Clermont. De hecho, hay indicaciones escénicas al principio:

Francisco, hablando en primer lugar, dirá: Hermano mío, ¿eres cristiano?

Bernard, situado frente a Francisco, responderá: Sí, hermano mío, por la gracia de Dios.

Lo más probable es que el autor haya previsto el uso de gestos para hacer más viva la recitación. A la pregunta: "¿Cuántas cosas debes saber para salvarte?", la respuesta es: "¡Cuántos dedos de la mano!", expresión que Bernard debía pronunciar con gestos, es decir, señalando los cinco dedos de la mano: el pulgar para la fe, el índice para la esperanza, el corazón para la caridad, el anular para los sacramentos, el meñique para las buenas obras. Del mismo modo, al tratar de las diferentes unciones del bautismo, Bernard debía colocar la mano primero sobre el pecho, para indicar que

la primera unción consiste en “ser abrazado por el amor de Dios”; después sobre los hombros, porque la segunda unción tiene por objeto “hacernos fuertes para llevar el peso de los mandamientos y preceptos divinos”; finalmente sobre la frente para revelar que la finalidad de la última unción es “hacernos confesar públicamente, sin temor y sin vergüenza, nuestra fe en Nuestro Señor”.

Se da gran importancia a la “señal de la cruz”, normalmente acompañada de la fórmula En el nombre del Padre con la que comenzaba el catecismo, un signo que con el gesto de la mano sigue, en las partes del cuerpo, un recorrido invertido respecto a la unción bautismal: la frente, el pecho y los dos hombros. La señal de la cruz, diría Bernard, es “el verdadero signo del cristiano”, añadiendo que “el cristiano debe hacerla en todas sus oraciones y en sus principales acciones”.

Cabe señalar también que el uso sistemático de los números servía de medio mnemotécnico. De este modo, el catequizado aprende que hay tres promesas bautismales (renunciar al demonio, profesar la fe y guardar los mandamientos), doce artículos del Credo, diez mandamientos de Dios, tres tipos de cristianos (herejes, malos cristianos y verdaderos cristianos), cuatro partes del cuerpo que hay que ungir (el pecho, los dos hombros y la frente), tres unciones, cinco cosas necesarias para salvarse (fe, esperanza, caridad, sacramentos y buenas obras), siete sacramentos y tres buenas obras (oración, ayuno y limosna).

Si se examina atentamente el contenido de este catecismo dialogal, es fácil detectar su insistencia en varios puntos impugnados por los protestantes. El tono fuerte de ciertas afirmaciones recuerda la proximidad de Thonon con Ginebra y el ardor polémico de la época.

Desde el principio, aparece una invocación a la “bendita Virgen María”. A propósito de la observancia de los Diez Mandamientos, se precisa que hay que añadir los preceptos de “nuestra santa Madre Iglesia”. En los tres tipos de cristianos, los herejes son los que “no tienen más que el

nombre”, “estando fuera de la Iglesia católica, apostólica y romana”. Los sacramentos son siete en número. Los ritos y ceremonias de la Iglesia no son meros actos simbólicos, sino que producen un cambio real en el alma del creyente debido a la eficacia de la gracia. También se observa la insistencia en las «buenas obras» para salvarse y la práctica de la “santa señal de la Cruz”.

A pesar de la “puesta en escena” bastante excepcional con la participación del hermano menor, este tipo de catequesis debía repetirse a menudo y bajo formas bastante similares. Se sabe, en efecto, que el Apóstol de Chiabrese “enseñaba el catecismo, lo más a menudo posible, en público o en casas particulares”.

El obispo catequista

Convertido en obispo de Ginebra, pero residente en Annecy, Francisco de Sales enseñó personalmente el catecismo a los niños. Tuvo que dar ejemplo a canónigos y párrocos que dudaban en rebajarse a este tipo de ministerio: es bien sabido, diría un día, que “muchos quieren predicar, pero pocos hacen el catecismo”. Según un testigo, el obispo “se tomó la molestia de enseñar el catecismo en persona durante dos años en la ciudad, sin ser ayudado por otros”.

Un testigo lo describe sentado “en un pequeño teatro creado al efecto, y, mientras estaba allí, interrogaba, escuchaba y enseñaba no sólo a su pequeño auditorio, sino también a todos los que acudían de todas partes, acogiéndolos con una facilidad y afabilidad increíbles”. Su atención se centraba en las relaciones personales que debía establecer con los niños: antes de interrogarlos, “los llamaba a todos por su nombre, como si tuviera la lista en la mano”.

Para hacerse entender, utilizaba un lenguaje sencillo, sacando a veces las comparaciones más inesperadas de la vida cotidiana, como la del perrito: “Cuando venimos al mundo, ¿cómo nacemos? Nacemos como perritos que, lamidos por su madre, abren los ojos. Así, cuando nacemos, nuestra santa madre Iglesia nos abre los ojos con el bautismo y la doctrina

cristiana que nos enseña'”

Con la ayuda de algunos colaboradores, el obispo preparó unos “tarjetas” en los que estaban escritos los puntos principales que debían aprenderse de memoria durante la semana para poder recitarlos los domingos. Pero ¿cómo hacerlo si los niños aún no sabían leer y sus familias también eran analfabetas? Había que contar con la ayuda de personas benévolas: párrocos, vicepárrocos, maestros de escuela, que estuvieran disponibles durante la semana para dar las repeticiones.

Como buen educador, repetía con demasiada frecuencia las mismas preguntas con las mismas explicaciones. Cuando el niño se equivocaba en la recitación de sus notas o en la pronunciación de palabras difíciles, “sonreía tan amablemente y, corrigiendo el error, volvía a encaminar al interrogado de un modo tan encantador que parecía que, de no haberse equivocado, no habría podido pronunciarlo tan bien; lo que redoblaba el valor de los pequeños y aumentaba singularmente la satisfacción de los mayores”.

La pedagogía tradicional de la emulación y la recompensa tenía su lugar en las intervenciones de este antiguo alumno de los jesuitas. Un testigo relata esta representación: “Los pequeños corrían exultantes de alegría, compitiendo entre sí; se enorgullecían cuando podían recibir de manos del Beato algún regalito como estampitas, medallas, coronas y *agnus dei*, que les daba cuando habían respondido bien, y también caricias especiales que les hacía para animarles a aprender bien el catecismo y a responder correctamente”.

Ahora bien, esta catequesis a los niños atraía a los adultos, y no sólo a los padres, sino también a grandes personalidades, “médicos, presidentes de cámara, consejeros y maestros, religiosos y superiores de monasterios”. Todos los estratos sociales estaban representados, “tanto nobles como clérigos y gente del pueblo”, y la multitud estaba tan abarrotada que «uno no podía moverse». La gente acudía de la ciudad y de los alrededores.

Se había creado, pues, un movimiento, una especie de fenómeno contagioso. Según algunos, “ya no se trataba del catecismo de los niños, sino de la educación pública de todo el pueblo”. La comparación con el movimiento creado en Roma medio siglo antes por las asambleas vivas y alegres de San Felipe Neri viene espontáneamente a la mente. En palabras del Padre Lajeunie, “el Oratorio de San Felipe parecía renacer en Annecy”.

El obispo no se contentaba con fórmulas aprendidas de memoria, aunque estaba lejos de despreciar el papel de la memoria. Insistía en que los niños supieran lo que debían creer y comprendieran la enseñanza.

Sobre todo, quería que la teoría aprendida durante el catecismo se convirtiera en práctica en la vida cotidiana. Como escribió uno de sus biógrafos, “no sólo enseñaba lo que hay que creer, sino que también persuadía a vivir de acuerdo con lo que se cree”. Animaba a sus oyentes de todas las edades “a acercarse con frecuencia a los sacramentos de la confesión y la comunión”, “les enseñaba personalmente el modo de prepararse adecuadamente”, y “explicaba los mandamientos del Decálogo y de la Iglesia, los pecados capitales, utilizando ejemplos apropiados, símiles y exhortaciones tan cariñosamente atractivas, que todos se sentían dulcemente obligados a cumplir con su deber y abrazar la virtud que se les enseñaba”.

En cualquier caso, el obispo catequista estaba encantado con lo que hacía. Cuando se encontraba entre los niños, dice un testigo, parecía “estar entre sus delicias”. A la salida de una de estas catequesis, en carnaval, tomó la pluma para contárselo a Juana de Chantal:

Acabo de terminar la escuela de catecismo, donde me he divertido un poco, ridiculizando las máscaras y los bailes para hacer reír al público; estaba de buen humor, y un numeroso público me ha invitado con sus aplausos a seguir siendo un niño con los niños. Me dicen que lo consigo, ¡y yo lo creo!

Le gustaba hablar de las bellas expresiones de los niños, a veces asombrosas por su profundidad. En la carta que acabamos de citar, relataba a la baronesa la respuesta que acababan de darle a la pregunta: ¿Es Jesucristo nuestro? “No hay que dudarlo lo más mínimo: Jesucristo es nuestro”, le había contestado una niña, que añadió: “Sí, es más mío que yo suya y más que yo misma”.

San Francisco de Sales y su “pequeño mundo”

El ambiente familiar, cordial y alegre que reinaba en la catequesis era un importante factor de éxito, favorecido por la armonía natural que existía entre la límpida alma cariñosa de Francisco y los niños, a los que llamaba su “pequeño mundo”, porque había conseguido “ganarse sus corazones”.

Cuando caminaba por las calles, los niños corrían delante de él; a veces se le veía tan rodeado de ellos que no podía ir más lejos. Lejos de irritarse, los acariciaba, se entretenía con ellos, preguntándoles: “¿De quién eres hijo? ¿Cómo te llamas?”

Según su biógrafo, un día diría “que le gustaría tener el placer de ver y considerar cómo el espíritu de un niño se abre y se expande poco a poco”.

San Francisco de Sales forma a sus colaboradores

Francisco de Sales no deseaba convertirse en obispo. “No nací para mandar”, le dijo supuestamente a un colaborador, quien, para animarle, le dijo: “¡Pero todo el mundo te quiere!”. Aceptó al reconocer la voluntad de Dios en

la del duque, del obispo monseñor de Granier, del clero y del pueblo. Fue consagrado obispo de Ginebra el 8 de diciembre de 1602 en la pequeña iglesia de su parroquia de Thorens. En una carta a Jeanne de Chantal, escribió que, aquel día, “Dios me había apartado de mí mismo para tomarme para sí y, así, entregarme al pueblo, lo que significa que me había transformado de lo que era para mí en lo que debía ser para ellos”.

Para cumplir la misión pastoral que se le había confiado y que tenía como objetivo servir a “esta miserable y afligida diócesis de Ginebra”, necesitaba colaboradores. Por supuesto, según las circunstancias, le gustaba llamar a todos los fieles “mis hermanos y mis colaboradores”, pero este apelativo iba dirigido sobre todo a los miembros del clero, sus “hermanos”. La reforma del pueblo reclamada por el Concilio de Trento podía, en efecto, comenzar por ellos y a través de ellos.

La pedagogía del ejemplo

Ante todo, el obispo debía dar ejemplo: el pastor debía convertirse en el modelo para el rebaño que se le había confiado y, en primer lugar, para el clero. Con este fin, Francisco de Sales se impuso a sí mismo una Regla episcopal. Redactada en tercera persona, estipulaba no sólo los deberes estrictamente religiosos del oficio pastoral, sino también la práctica de una serie de virtudes sociales, como la sencillez de vida, la atención habitual a los pobres, los buenos modales y la decencia. Desde el principio, leemos un artículo contra la vanidad eclesiástica:

En primer lugar, en cuanto al comportamiento externo, Francisco de Sales, obispo de Ginebra, no usará túnicas de seda, ni túnicas más preciosas que las usadas hasta ahora; sin embargo, serán limpias, bien confeccionadas para que puedan llevarse con propiedad alrededor del cuerpo.

En su hogar episcopal se contentará con dos

clérigos y unos pocos sirvientes, a menudo muy jóvenes. También ellos serán educados en la sencillez, la cortesía y el sentido de la acogida. La mesa será frugal, pero ordenada y limpia. Su casa debe estar abierta a todos, porque “la casa de un obispo debe ser como una fuente pública, donde los pobres y los ricos tienen el mismo derecho a acercarse a sacar agua”.

Además, el obispo debe seguir formándose y estudiando: “Se asegurará de aprender cada día algo que sea en cualquier caso útil y conveniente para su profesión”. Por regla general, dedicará dos horas al estudio, entre las siete y las nueve de la mañana, y después de cenar podrá leer durante una hora. Reconoce que le gusta estudiar, pero le resulta indispensable: se considera un “estudiante perpetuo de teología”.

Conocer a las personas y las situaciones

Un obispo de esta talla no podía contentarse con ser simplemente un buen administrador. Para guiar al rebaño, el pastor debe conocerlo, y para conocer la situación exacta de la diócesis y del clero en particular, Francisco de Sales emprendió una impresionante serie de visitas pastorales. En 1605, visitó 76 parroquias de la parte francesa de la diócesis y regresó “después de seis campañas ininterrumpida”. Al año siguiente, una gran gira pastoral de varios meses lo llevó a 185 parroquias, rodeadas de “montañas aterradoras, cubiertas de una capa de hielo de diez a doce varas de espesor”. En 1607, estuvo presente en 70 parroquias y, en 1608, puso fin a las visitas oficiales de su diócesis desplazándose a 20 parroquias de los alrededores de Annecy, pero siguió realizando muchas más visitas en 1610 a Annecy y a las parroquias de los alrededores. En el transcurso de seis años, habrá visitado 311 parroquias con sus filiales.

Gracias a estas visitas y a los contactos personales, adquirió un conocimiento preciso de la situación real y de las necesidades concretas de la población. Observó la ignorancia y la falta de espíritu sacerdotal de ciertos sacerdotes, por no hablar de los escándalos de algunos

monasterios en los que ya no se observaba la Regla. El culto interesado, reducido a una función y contaminado por el afán de lucro, recordaba con demasiada frecuencia los malos ejemplos tomados de la Biblia: “Nos parecemos a Nabal y Absalón, que sólo se regocijaban en el esquila del rebaño”.

Ampliando su visión de la Iglesia, llegó a denunciar la vanidad de ciertos prelados, verdaderos “cortesianos de la Iglesia”, a los que comparó con cocodrilos y camaleones: “El cocodrilo es un animal a veces terrestre y a veces acuático, da a luz en la tierra y caza en el agua; así se comportan los cortesianos de la Iglesia. Los árboles vuelven sus hojas después del solsticio: el olmo, el tilo, el álamo, el olivo, el sauce; lo mismo ocurre entre los eclesiásticos”.

A las quejas sobre el comportamiento del clero añadió reproches por su debilidad ante las injusticias cometidas por el poder temporal. Recordando a algunos valientes obispos del pasado, exclamó: “¡Oh! ¡cómo me gustaría ver a algún Ambrosio dando órdenes a Teodosio, a algún Crisóstomo regañando a Eudoxia, a algún Hilario corrigiendo a Constancio!” Si hemos de creer una confidencia de su madre Angélica Arnauld, Monseñor de Sales también gemía por el “malestar en la Curia de Roma”, verdaderos “temas lacrimógenos”, bien convencido sin embargo de que “hablar de ellos al mundo en la situación en la que se encuentra, es motivo de escándalo inútil”.

Selección y formación de los candidatos

La renovación de la Iglesia conllevaba un esfuerzo de discernimiento y de formación de los futuros sacerdotes, muy numerosos en aquella época. Durante la primera visita pastoral en 1605, el obispo recibió a 175 jóvenes candidatos; al año siguiente tuvo 176; en menos de dos años había conocido a 570 candidatos al ministerio sacerdotal o novicios en monasterios.

El mal provenía principalmente de la ausencia de vocación en un buen número de ellos. A menudo, la atracción del beneficio temporal o el deseo de las familias de colocar a sus hijos segundones era preeminente. En cada caso, se

requería discernimiento para evaluar si la vocación venía “del cielo o de la tierra”.

El obispo de Ginebra se tomó muy en serio los decretos del Concilio de Trento, que habían previsto la creación de seminarios. La formación debía comenzar a una edad temprana. Ya en 1603 se intentó crear un embrión de seminario menor en Thonon. Los adolescentes eran pocos, probablemente por falta de medios y de espacio. En 1618, Francisco de Sales se propuso apelar directamente a la autoridad de la Santa Sede para obtener apoyo legal y financiero para su proyecto. Quería erigir un seminario, escribió, en el que los candidatos pudieran “aprender a observar las ceremonias, a catequizar y exhortar, a cantar y a ejercitar las demás virtudes clericales”. Todos sus esfuerzos, sin embargo, fueron en vano debido a la falta de recursos materiales.

¿Cómo asegurar la formación de los futuros sacerdotes en tales condiciones? Algunos acudían a colegios o universidades en el extranjero, mientras que la mayoría eran formados en rectorías, bajo la dirección de un sacerdote sabio y culto o en monasterios. Francisco de Sales quería que cada centro importante de la diócesis tuviera un “teologado”, es decir, un miembro del cabildo catedralicio encargado de la enseñanza de la Sagrada Escritura y de la teología.

Sin embargo, la ordenación iba precedida de un examen y, antes de que se le asignara una parroquia (con el beneficio asociado), el candidato debía superar un concurso. El obispo asistía e interrogaba personalmente al candidato para asegurarse de que poseía los conocimientos y las cualidades morales requeridas.

Formación continua

La formación no debía detenerse en el momento de la ordenación o de la asignación a una parroquia. Para garantizar la formación continua de sus sacerdotes, el principal medio de que disponía el obispo era la convocatoria anual del sínodo diocesano. El primer día de esta asamblea se solemnizaba con una misa pontifical y una procesión por la

ciudad de Annecy. El segundo día, el obispo daba la palabra a uno de sus canónigos, hacía releer los estatutos de los sínodos anteriores y recogía los comentarios de los párrocos presentes. Después de esto, comenzaría el trabajo en comisiones para debatir cuestiones relativas a la disciplina eclesiástica y al servicio espiritual y material de las parroquias.

Dado que las constituciones sinodales contenían muchas normas disciplinarias y rituales, el cuidado de la formación permanente, intelectual y espiritual era visible en ellas. Hacían referencia a los cánones de los antiguos concilios, pero especialmente a los decretos del "Santísimo Concilio de Trento". Por otra parte, recomendaban la lectura de obras que trataban de pastoral o espiritualidad, como las de Gersone (probablemente la Instrucción de los párrocos para instruir a la gente sencilla) y las del dominico español Luis de Granada, autor de una Introducción al Símbolo.

La ciencia, escribió en su Exhortación a los eclesiásticos, "es el octavo sacramento de la jerarquía de la Iglesia". Los males de la Iglesia se debían principalmente a la ignorancia y la pereza del clero. Afortunadamente, llegaron los padres jesuitas! Modelos de sacerdotes cultos y celosos, estos "grandes hombres", que "devoran los libros con sus incesantes estudios", han "restablecido y consolidado nuestra doctrina y todos los santos misterios de nuestra fe; de modo que aún hoy, gracias a su encomiable labor, llenan el mundo de hombres doctos que destruyen la herejía por doquier". Al final, el obispo resumía todo su pensamiento: "Puesto que la divina Providencia, sin tener en cuenta mi incapacidad, me ha establecido como vuestro obispo, os exhorto a estudiar sin cansaros, para que, siendo doctos y ejemplares, seáis irreprochables y estéis preparados para responder a todos los que os interroguen sobre cuestiones de fe".

Formando predicadores

Francisco de Sales predicaba tan a menudo y tan bien que fue considerado uno de los mejores predicadores de su

época y un modelo para los predicadores. No sólo predicó en su diócesis, sino que aceptó predicar en París, Chambéry, Dijon, Grenoble y Lyon. También predicó en el Franco Condado, en Sion en el Valais y en varias ciudades del Piamonte, en particular Carmagnola, Mondovì, Pinerolo, Chieri y Turín.

Para conocer su pensamiento sobre la predicación, hay que remitirse a la carta que dirigió en 1604 a Andrea Frémyot, hermano de la baronesa de Chantal, joven arzobispo de Bourges (sólo tenía treinta y un años), que le había pedido consejo sobre cómo predicar. Para predicar bien, dijo, se necesitan dos cosas: ciencia y virtud. Para obtener un buen resultado, el predicador debe tratar de instruir a sus oyentes y tocarles el corazón.

Para instruirlos, hay que ir siempre a la fuente: las Sagradas Escrituras. No deben descuidarse las obras de los Padres; en efecto, “¿qué es la doctrina de los Padres de la Iglesia, sino una explicación del Evangelio y una exposición de la Sagrada Escritura?” Es igualmente bueno servirse de las vidas de los santos que nos hacen oír la música del Evangelio. En cuanto al gran libro de la naturaleza, la creación de Dios, obra de su palabra, constituye una extraordinaria fuente de inspiración si se sabe observarlo y meditarlo. Es un libro - escribe - que contiene la palabra de Dios. Como hombre de su tiempo, educado en la escuela de los humanistas clásicos, Francisco de Sales no excluye de sus sermones a los autores paganos de la antigüedad e incluso una pizca de su mitología, pero los utiliza “como se utilizan los hongos, es decir, sólo para abrir el apetito”.

Además, lo que ayuda mucho a la comprensión de la predicación y la hace amena es el uso de imágenes, comparaciones y ejemplos, tomados de la Biblia, de autores antiguos o de la observación personal. En efecto, los símiles poseen “una increíble eficacia a la hora de iluminar la inteligencia y mover la voluntad”.

Pero el verdadero secreto de una predicación eficaz es la caridad y el celo del predicador, que sabe

encontrar las palabras adecuadas en el fondo de su corazón. Hay que hablar “con calor y devoción, con sencillez, con candor y con confianza, estar profundamente convencido de lo que se enseña e inculcar a los demás”. Las palabras deben salir del corazón más que de la boca, porque “el corazón habla al corazón, mientras que la boca sólo habla a los oídos”.

Formar confesores

Otra tarea emprendida por Francisco de Sales desde los albores de su episcopado fue redactar una serie de Advertencias a los Confesores. Contienen no sólo una doctrina sobre la gracia de este sacramento, sino también normas pedagógicas dirigidas a aquellos que tienen la responsabilidad de guiar a las personas.

En primer lugar, quienes están llamados a trabajar por la formación de las conciencias y el progreso espiritual de los demás deben empezar por sí mismos, no sea que merezcan el reproche: “Médico, cúrate a ti mismo”; y la admonición del apóstol: “Tú que juzgas a los demás, te condenas a ti mismo”. El confesor es un juez: a él le corresponde decidir si absuelve o no al pecador, teniendo en cuenta las disposiciones interiores del penitente y las normas vigentes. También es médico, porque “los pecados son enfermedades y heridas espirituales”, por lo que le corresponde prescribir los remedios adecuados. Sin embargo, Francisco de Sales subraya que el confesor es ante todo un padre:

Recuerda que los pobres penitentes al comenzar su confesión te llaman padre, y que, en efecto, debes tener un corazón paternal hacia ellos. Recíbelos con inmenso amor, soportando pacientemente su tosquedad, ignorancia, debilidad, lentitud de comprensión y otras imperfecciones, sin dejar nunca de ayudarlos y socorrerlos mientras haya en ellos alguna esperanza de que puedan corregirse.

Un buen confesor debe estar atento al estado de vida de cada persona y proceder de forma diversificada,

teniendo en cuenta la profesión de cada uno, “casado o no, eclesiástico o no, religioso o secular, abogado o procurador, artesano o agricultor”. El tipo de acogida, sin embargo, debía ser el mismo para todos. Él, según la madre de Chantal, recibía a todos “con igual amor y dulzura”: «señores y señoras, burgueses, soldados, criadas, campesinos, mendigos, enfermos, malolientes y abyectos presos”.

En cuanto a las disposiciones interiores, cada penitente se presenta a su manera, y Francisco de Sales puede apelar a su propia experiencia cuando traza una especie de tipología de penitentes. Están los que se acercan “atormentados por el miedo y la vergüenza”, los que son “desvergonzados y sin ningún temor”, los que son “tímidos y alimentan alguna sospecha de obtener el perdón de sus pecados”, y los que, finalmente, están “perplejos porque no saben cómo decir sus pecados o porque no saben cómo hacer su propio examen de conciencia”.

Una buena manera de animar al penitente tímido y de infundirle confianza es reconocerle que “no es ningún ángel”, y que “no le parece extraño que los hombres cometan pecados”. Con el tímido hay que comportarse con seriedad y gravedad, recordándole que “a la hora de la muerte de nada dará cuenta sino de las confesiones que ha hecho”. Pero, sobre todo, el obispo de Ginebra insiste en esta recomendación: “Sed caritativos y discretos con todos los penitentes y especialmente con las mujeres”. Encontramos este tono salesiano en el siguiente fragmento de consejo: “Guardaos de emplear palabras demasiado duras con los penitentes; pues a veces somos tan austeros en nuestras correcciones que nos mostramos más culpables de lo que son culpables aquellos a quienes reprochamos”. Además, procurará “no imponer a los penitentes penitencias confusas, sino específicas, y estar más inclinado a la dulzura que a la severidad”.

Formar juntos

Por último, conviene tener en cuenta una preocupación del obispo de Ginebra sobre el aspecto

comunitario de la formación, pues estaba convencido de la utilidad del encuentro, de la animación mutua y del ejemplo. No se forma bien si no es juntos; de ahí el deseo de reunir a los sacerdotes y también, en la medida de lo posible, de dividirlos en grupos. Las asambleas sinodales que, en Annecy, veían a los párrocos reunidos una vez al año en torno a su obispo eran algo bueno, incluso insustituible, pero no suficiente.

Para ello, el obispo de Ginebra amplió el papel de los "supervisores", una especie de animadores de los sectores pastorales con la "facultad y la misión de apoyar, advertir, exhortar a los demás sacerdotes y velar por su conducta". Se encargaban no sólo de visitar a los párrocos y las iglesias bajo su jurisdicción, sino también de reunir a sus hermanos dos veces al año para debatir cuestiones pastorales. El obispo era muy partidario de estas reuniones, "subrayando la importancia de las asambleas y ordenando a sus supervisores que le enviaran los registros de los presentes y los motivos de los ausentes". Según un testigo, les hizo pronunciar "sermones sobre las virtudes exigidas a un sacerdote y los deberes de los pastores en relación con el bien de las almas que les han sido confiadas". También hubo "una conferencia espiritual sobre las dificultades que podrían surgir en relación con el sentido de las Constituciones sinodales o los medios necesarios para obtener mejores resultados con vistas a la salvación de las almas".

El deseo de reunir a sacerdotes fervorosos le sugirió un proyecto inspirado en los Oblatos de San Ambrosio, fundados por San Carlos Borromeo para ayudarle en la renovación del clero. ¿No podría intentarse algo similar en Saboya para fomentar no sólo la reforma sino también la devoción entre las filas del clero? De hecho, según su amigo monseñor Camus, Francisco de Sales habría cultivado el proyecto de crear una congregación de sacerdotes seculares "libres y sin votos". Renunció a él cuando se fundó en París la congregación del Oratorio, una sociedad de "sacerdotes reformados" que intentó llevar a Saboya.

Sus esfuerzos no siempre se vieron coronados por el éxito; testimonian, en cualquier caso, su constante preocupación por formar a sus colaboradores en el marco de un proyecto global de renovación de la vida eclesial.

Corregir a los “hijos rebeldes” con San Francisco de Sales

En septiembre de 1594, Francisco de Sales, sacerdote de la catedral, llegó, acompañado de su primo, a Thonon, en Chablais, provincia situada al sur del lago Lemán y cerca de Ginebra, para explorar el territorio con el fin de reconquistar posiblemente al catolicismo aquella provincia, convertida en protestante desde hacía sesenta años. Comenzó así una aguda fase de enfrentamiento con los hijos rebeldes de la santa Iglesia, que marcaría toda su vida como hombre de Iglesia. Hasta su muerte en 1622, emplearía todos los recursos de un arte también característico del educador frente a los “hijos rebeldes”.

Reconquistar almas

En la época de Francisco de Sales, los partidarios de una “reducción” de los herejes por la fuerza eran numerosos. Su padre, el señor de Boisy, opinaba que era necesario hablarles “a boca de cañón”. Aunque la fuerza política y militar de que disponía el duque de Saboya en Chablais le había permitido conquistar “el cuerpo” de los habitantes, lo que era más importante para Francisco de Sales, y constituía su principal objetivo, era conquistar las almas. En otras palabras, dijo a Filotea que “quien conquista el

corazón del hombre, conquista al hombre entero”.

Lo primero que había que hacer era saber exactamente cuál era la posición de los adversarios. ¿Cómo discutir con los protestantes si no se ha leído la *Institución de la Religión Cristiana* de Calvino? El joven sacerdote escribió ya en 1595 a su antiguo director espiritual, el padre Possevino:

Ya no me atrevo en modo alguno a atacar a Calvino o a Beza, [...] sin que todos quieran saber exactamente a qué atenerme. Por esto, ya he sufrido dos afrentas, que no me habrían tocado, si no hubiera confiado en las citas de libros que me engañaron. [...] En una palabra, en estas comarcas, todo el mundo tiene siempre a mano las “Instituciones”; me encuentro en un país donde todo el mundo conoce de memoria sus “Instituciones”.

Poseemos una lista que contiene más de sesenta libros prohibidos, cuyo uso fue permitido a Francisco de Sales por la Congregación de la Inquisición. No sólo contiene obras de Calvino, Beza y diversos autores protestantes, sino también traducciones de la Biblia al francés, catecismos protestantes, libros sobre controversias calvinistas, tratados sobre teología protestante y vida evangélica, panfletos contra el Papa o simplemente libros de católicos que fueron incluidos en el índice.

Después de la ciencia, la misión exigía cualidades morales y espirituales especiales, empezando por el desinterés total. Su amigo y discípulo, el obispo Jean-Pierre Camus, subrayó esta actitud de desprendimiento que iba a caracterizar toda la vida de Francisco de Sales: “Aunque los de Ginebra le retenían todos los ingresos de la mesa episcopal y el producto de su capítulo, nunca le oí quejarse de tales retenciones”. Por otra parte, según Francisco de Sales, no había que preocuparse demasiado por los bienes eclesiásticos, porque, decía, “el destino de los bienes de la Iglesia es como el de la barba: cuanto más se la afeita, más robusta y espesa

crece”.

Su objetivo era puramente pastoral: “No suspiraba por otra cosa que por convertir a las almas rebeldes a la luz de la verdad, que sólo brilla en la verdadera Iglesia”. Cuando hablaba de Ginebra, “a la que llamaba su pobre o amada (términos de compasión y amor), a pesar de su rebeldía”, suspiraba a veces: “*Da mihi animas, caetera tolle tibi*”. Entendida en su sentido literal, que es el del libro del Génesis (cf. Gn 14,21), tal petición hecha a Abraham por el rey de Sodoma tras la victoria que le había permitido recuperar a los prisioneros de guerra y los bienes arrebatados al enemigo, significaba simplemente: “Dame las personas y quédate con todo lo demás”, es decir, con el botín. Pero en labios de Francisco de Sales, estas palabras se convirtieron en la oración que el misionero dirigía a Dios para pedirle “almas”, renunciando por completo a las recompensas materiales y a los intereses personales.

Él mismo, falto de recursos (su padre le había cortado los vivires durante la misión en Chiablese para convencerle de que renunciara), quería ganarse la vida con su trabajo. Dijo

Cuando predicaba la fe en Chiablese, a menudo deseaba ardientemente saber hacer algo, para imitar a San Pablo, que se alimentaba con el trabajo de [sus] manos; pero no sirvo para nada, salvo para remendar mi ropa de alguna manera; sin embargo, es cierto que Dios me ha concedido la gracia de no ser una carga para nadie en Chiablese; cuando no tenía con qué alimentarme, mi buena madre me enviaba a escondidas ropa blanca y dinero de Sales.

La rebelión de los protestantes había sido causada en gran parte por los pecados del clero, por lo que su conversión exigía sobre todo tres cosas de los misioneros: oración, caridad y espíritu de sacrificio. Escribió a su amigo Antoine Favre en noviembre de 1594: “La oración, la limosna y el ayuno son las tres partes que componen la cuerda que el

enemigo rompe con dificultad; con la gracia divina, intentaremos atar con ella a este adversario”.

El método salesiano

Lo primero que había que hacer era ponerse en el mismo terreno intelectual que los adversarios. Lo menos que podía decirse de ellos a este respecto era que eran absolutamente refractarios a los argumentos filosóficos y teológicos heredados de la escolástica medieval. Un punto importante, éste, que fue señalado por Pierre Magnin:

Evitó con todas sus fuerzas lanzarse a las disputas y querellas de la escolástica, ya que esto se hacía en vano y, para la gente, el que da la voz más alta siempre aparece como si tuviera más razón. En lugar de ello, se dedicó principalmente a proponer con claridad y articulación los misterios de nuestra santa fe y a defender a la Iglesia católica contra las vanas creencias de sus enemigos. Para ello, no se cargó con muchos libros, pues durante unos diez años sólo utilizó la Biblia, la “Suma” de Santo Tomás y las “Controversias” del cardenal Belarmino.

En efecto, si Santo Tomás le proporcionaba el punto de referencia católico y “el eminente teólogo” Belarmino el arsenal de pruebas contra los protestantes, la única base de discusión posible era la Biblia. Y en esto estaba de acuerdo con los herejes:

La fe cristiana se funda en la palabra de Dios; es ella la que la coloca en el grado supremo de seguridad, porque tiene como garante una verdad tan eterna e infalible. La fe que se apoya en otra cosa no es cristiana. Por tanto, la palabra de Dios es la verdadera regla de la buena fe, ya que ser fundamento y regla en este campo es lo mismo.

Francisco de Sales fue muy severo con los autores y difusores de errores, especialmente con los “heresiarcas” Calvino y los ministros protestantes, hacia quienes, para él,

no era concebible tolerancia alguna. Su paciencia, por el contrario, era ilimitada hacia todos aquellos que consideraba víctimas de sus teorías. También Pierre Magnin asegura que Francisco escuchaba pacientemente sus dificultades sin montar nunca en cólera y sin proferir palabras insultantes contra ellos, a pesar de que estos herejes eran acalorados en sus disputas y solían valerse de insultos, burlas o calumnias; en cambio, les mostraba un amor muy cordial, para convencerles de que no le animaba otro interés que la gloria de Dios y la salvación de las almas.

En un apartado de su libro titulado *De la Acogida*, J.-P. Camus señaló una serie de rasgos del modelo salesiano, que lo diferenciaban de otros misioneros de Chiabrese (probablemente capuchinos) de largas túnicas y aspecto austero y rudo, que apostrofaban a la gente con las expresiones: “corazones incircuncisos, rebeldes a la luz, obstinados, raza de víboras, miembros corrompidos, chispas del infierno, hijos del diablo y de las tinieblas”. Para no atemorizar a la población, Francisco y sus colaboradores habían decidido “partir vestidos con capas y botas cortas, convencidos de que así accederían más fácilmente a las casas de la gente y no molestarían a las empresas llevando túnicas largas que eran nuevas para ellos”.

Siempre según Camus, fue denunciado ante el obispo porque llamaba “hermanos” a los herejes, aunque siempre se trataba de hermanos “errantes”, a los que invitaba a la reconciliación y a la reunificación. A los ojos de Francisco, la fraternidad con los protestantes se justificaba por tres motivos:

Ellos, de hecho, son nuestros hermanos en virtud del bautismo, que es válido en su Iglesia; lo son, además, en cuanto a sangre y carne, porque nosotros y ellos somos descendientes de Adán. Además, somos conciudadanos y, por tanto, súbditos del mismo príncipe; ¿no es esto capaz de constituir cierta fraternidad? Además, los consideraba como hijos de la Iglesia

en cuanto a su disposición, porque se dejan instruir, y como mis hermanos en cuanto a la esperanza de la misma llamada a la salvación; y es precisamente [con el nombre de hermanos] como se llamaba antiguamente a los catecúmenos antes de bautizarlos.

Hermanos perdidos, hermanos rebeldes, pero hermanos, al fin y al cabo. Los misioneros “de choque” le criticaron, entonces, porque “lo echaba todo a perder pensando que hacía el bien, porque complacía al orgullo tan natural de la herejía, porque dormía a esa gente en su error, acomodando la almohada bajo el codo; cuando en cambio era mejor corregirles usando la misericordia y la justicia, sin ungirles la cabeza con el aceite de la adulación”. Por su parte, Francisco trataba a la gente con respeto, incluso con compasión, y “si otros pretendían hacerse temer, él deseaba hacerse amar y entrar en los espíritus por la puerta de la complacencia”.

Aunque Camus parece forzar las características oponiendo los dos métodos, es cierto que el método salesiano tenía sus propias características. La táctica que empleó con un calvinista como Jean-Gaspard Deprez lo demuestra claramente: con ocasión de su primer encuentro -cuenta-, “se acercó a mí y me preguntó cómo iba el pequeño mundo, es decir, el corazón, y si creía que podía salvarme en mi religión y cómo servía a Dios en ella”. Durante las conversaciones secretas que mantuvo en Ginebra con Teodoro de Beza, sucesor de Calvino, utilizó el mismo método basado en el respeto al interlocutor y el diálogo cortés. El único que se enfadó fue Beza, que pronunció “palabras indignas de un filósofo”.

Según Georges Rolland, que vio a menudo trabajar a Francisco con los protestantes, “nunca les presionó [...] hasta el punto de hacerles indignarse y sentirse cubiertos de vergüenza y confusión”, sino que “con su dulzura ordinaria les respondió juiciosamente, despacio, sin acritud ni desprecio, y por este medio se ganó sus corazones y su buena voluntad”. También añade que “a menudo era criticado por los católicos

que le seguían a estas conferencias, porque trataba a sus oponentes con demasiada delicadeza. Le decían que debía hacer que se avergonzaran de sus respuestas impertinentes; a lo que él respondía que emplear palabras insultantes y despectivas no haría más que desanimar y entorpecer a esos pobres descarriados, mientras que era necesario intentar salvarlos y no confundirlos. Y en la cátedra, hablando de ellos, decía: "Nuestros señores adversarios", y evitaba en lo posible el nombre de herejes o hugonotes.

A la larga, este método resultó eficaz. La hostilidad inicial de los habitantes de Chiablèse, familiarizados con los términos insultantes de "papista", "mago", "hechicero", "idólatra" y "tuerto", fue dando paso al respeto, la admiración y la amistad. Comparando este método con el de otros misioneros, Camus escribió que Francisco "cazaba más moscas con una cucharada de miel tan familiar para él, que todos ellos con sus barriles de vinagre". Según Claude Marin, los primeros que se atrevían a acercarse a él eran los niños; "les daba una caricia acompañada de una palabra dulce". Un recién convertido tentado de volverse atrás le decía: "Has recuperado mi alma".

En busca de una nueva forma de comunicación

Al principio de su misión en Chiablèse, Francisco de Sales se topó pronto con un muro. Los dirigentes del partido protestante habían decidido prohibir a sus correligionarios asistir a los sermones del sacerdote papista. ¿Qué hacer en tales condiciones? Puesto que los habitantes de Thonon no querían acudir a él, él acudiría a ellos. ¿Cómo? La nueva forma de comunicación consistiría en redactar y distribuir periódicamente folletos, fáciles de leer a voluntad en sus casas.

La empresa comenzó en enero de 1595. Redactó los primeros artículos, copiados a mano mientras esperaba los servicios de una imprenta, y los distribuyó poco a poco. Cada semana enviaba a imprimir a Chambéry un nuevo folleto, que

luego hacía distribuir en las casas de Thonon y en el campo. Dirigiéndose a los “señores de Thonon”, Francisco de Sales les explicó los porqués y el cómo de esta iniciativa:

Habiendo dedicado un poco de tiempo a predicar la palabra de Dios en vuestra ciudad, sin haber sido oído por vosotros más que raramente, poco a poco y en secreto, para no dejar piedra sobre piedra por mi parte, empecé a poner por escrito algunas razones principales, que elegía sobre todo en mis sermones y trataba previamente de viva voz en defensa de la fe de la Iglesia.

Distribuidos periódicamente en los hogares, los folletos aparecían como una especie de revista semanal. ¿Qué ventajas pensabas obtener de esta nueva forma de comunicación? Al dirigirse a los “señores de Thonon”, Francisco de Sales destacó las cuatro “conveniencias” de la comunicación escrita:

1. Lleva la información a casa. 2. Facilita la confrontación pública y el debate de opiniones con el adversario. 3. Es cierto que “las palabras pronunciadas con la boca están vivas, mientras que escritas en papel están muertas”; sin embargo, la escritura “se puede manejar, ofrece más tiempo para la reflexión que la voz y permite reflexionar más profundamente”. 4. La comunicación escrita es un medio eficaz para combatir la desinformación, porque da a conocer con precisión el pensamiento del autor y permite verificar si el pensamiento de un personaje corresponde o no a la doctrina que dice defender. Esto le hizo decir: “No digo nada a Thonon, salvo lo que quiero que se sepa en Annecy y en Roma, en caso de necesidad”.

De hecho, consideraba que su primer deber era luchar contra las deformaciones de la doctrina de la Iglesia por parte de los autores protestantes. J.-P. Camus lo explica con precisión:

Uno de sus mayores males reside en el hecho de que sus

ministros falsifican nuestras creencias, de modo que su presentación resulta ser algo muy distinto de lo que es en realidad: por ejemplo, que no damos ninguna importancia a la Sagrada Escritura; que adoramos al Papa; que consideramos a los santos como dioses; que damos más importancia a la Santísima Virgen que a Jesucristo; que adoramos a las imágenes con una adoración latréutica y les atribuimos un aura divina; que las almas del purgatorio están en el mismo estado y en la misma desesperación que las del infierno; que adoramos el pan de la Eucaristía; que privamos a las personas de participar de la sangre de Jesucristo; que no nos importan los méritos de Jesucristo, atribuyendo la salvación únicamente a los méritos de nuestras buenas acciones; que la confesión auricular es un tormento del espíritu; e invectivas similares, que hacen que nuestra religión sea odiosa y esté desacreditada entre estas personas, que están así desinformadas y engañadas.

Dos actitudes caracterizan el proceder personal de Francisco de Sales como “periodista”: por una parte, el deber de informar con precisión a sus lectores, explicándoles las razones de la posición católica, en definitiva, de serles útil; por otra, un gran deseo de mostrarles su afecto. Dirigiéndose a sus lectores, declaró inmediatamente: “Nunca leeréis un escrito dirigido a vosotros de un hombre tan aficionado a vuestro bien espiritual como yo”.

Junto a la comunicación escrita, utilizó incidentalmente otras formas de comunicación, en particular el teatro. Con ocasión del gran acontecimiento católico de Annemasse, en septiembre de 1597, al que asistió una multitud de varios miles de personas, se representó un drama bíblico titulado El sacrificio de Abraham, en el que el sacerdote se hacía pasar por Dios Padre. El texto, compuesto en verso, no era obra suya; sin embargo, fue él quien sugirió el tema a su primo, el canónigo de Sales, y a su hermano Luis, a quien se consideraba “sumamente versado en letras humanas”.

Verdad y caridad

El autor del libro *El Espíritu del Beato Francisco de Sales* captó bien el corazón del mensaje salesiano en su forma definitiva, al parecer, cuando tituló el comienzo de su obra: De la verdadera caridad, citando esta “frase preciosa y notable” de su héroe: “La verdad que no es caritativa brota de la caridad que no es verdadera”.

Para Francisco de Sales, explica Camus, toda corrección debe tener por objeto el bien del que debe ser corregido (lo que puede causar un sufrimiento momentáneo) y debe hacerse con dulzura y paciencia. Es más, quien corrige debe estar dispuesto a sufrir la injusticia y la ingratitud de quien recibe la corrección.

De la experiencia de Francisco de Sales en Chiablèse se recordará que la indispensable alianza de la verdad con la caridad no siempre es fácil de poner en práctica, que hay muchas maneras de ponerla en práctica, pero que es indispensable para quienes están animados por una auténtica preocupación por la corrección y la educación de los “hijos rebeldes”.

El punto de inflexión en la vida de San Francisco de Sales (2/2)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

Comienzo de una nueva etapa

A partir de este momento, todo se precipitaría. Francisco se convirtió en un hombre nuevo: “Él, al principio perplejo, inquieto, melancólico -así A. Ravier-, ahora toma

decisiones sin demora, ya no alarga sus empresas, se lanza a ellas de cabeza”.

Inmediatamente, el 10 de mayo, se puso el hábito eclesiástico. Al día siguiente, se presentó al vicario de la diócesis. El 12 de mayo, toma posesión de su cargo en la catedral de Annecy y visita al obispo, Mons. Claude de Granier. El 13 de mayo, preside por primera vez el rezo del Oficio Divino en la catedral. A continuación, arregló sus asuntos temporales: renunció al título de señor de Villaroget y a sus derechos de primogénito; renunció a la magistratura a la que le había destinado su padre. Del 18 de mayo al 7 de junio, se retiró con su amigo y confesor, Amé Bouvard, al castillo de Sales para preparar sus órdenes. Por última vez, le asaltan las dudas y las tentaciones; sale victorioso, convencido de que Dios se le había manifestado “muy misericordioso” durante estos ejercicios espirituales. Prepara entonces el examen canónico para la admisión a las órdenes.

Invitado por primera vez por el obispo a predicar el día de Pentecostés, que ese año caía el 6 de junio, preparó con sumo cuidado su primer sermón para una fiesta en la que “no sólo los ancianos, sino también los jóvenes debían predicar”; pero la llegada inesperada de otro predicador le impidió pronunciarla. El 9 de junio, el obispo de Granier le confirió las cuatro órdenes menores y dos días después lo promovió al subdiácono.

Comenzó entonces para él una intensa actividad pastoral. El 24 de junio, fiesta de San Juan Bautista, predicó en público por primera vez con gran valor, no sin antes sentir cierto temblor, que le obligó a tumbarse en la cama unos instantes antes de subir al púlpito. A partir de entonces, los sermones se multiplicarían.

Una iniciativa audaz para un subdiácono fue la fundación en Annecy de una asociación destinada a reunir no sólo a clérigos, sino sobre todo a laicos, hombres y mujeres, bajo el título de “Cofradía de los Penitentes de la Santa Cruz”. Él mismo redactó sus estatutos, que el obispo confirmó

y aprobó. Constituida el 1 de septiembre de 1593, inició sus actividades el 14 del mismo mes. Desde el principio, la membresía fue numerosa y, entre los primeros miembros, Francisco tuvo la alegría de contar a su padre y, algún tiempo después, a su hermano Luis. Los estatutos preveían no sólo celebraciones, oraciones y procesiones, sino también visitas a enfermos y presos. Al principio hubo cierto descontento, sobre todo entre los religiosos, pero pronto se vio que el testimonio de los miembros era convincente.

Francisco fue ordenado diácono el 18 de septiembre y sacerdote tres meses después, el 18 de diciembre de 1593. Tras tres días de preparación espiritual, celebró su primera misa el 21 de diciembre y predicó en Navidad. Algún tiempo después, tuvo la alegría de bautizar a su hermanita Juana, la última hija de la señora de Boisy. Su instalación oficial en la catedral tuvo lugar a finales de diciembre.

Su "arenga" en latín causó una gran impresión en el obispo y en los demás miembros del cabildo, tanto más profunda cuanto que el tema que abordaba era candente: recuperar la antigua sede de la diócesis, que era Ginebra. Todos estaban de acuerdo: había que recuperar Ginebra, la ciudad de Calvino que había proscrito el catolicismo. Pero, ¿cómo? ¿Con qué armas? Y ante todo, ¿cuál era la causa de esta deplorable situación? La respuesta del rector no tenía por qué gustar a todos: "Son los ejemplos de los sacerdotes perversos, las acciones, las palabras, en esencia, la iniquidad de todos, pero particularmente del clero". Siguiendo el ejemplo de los profetas, Francisco de Sales ya no analizaba las causas políticas, sociales o ideológicas de la reforma protestante; ya no predicaba la guerra contra los herejes, sino la conversión de todos. El fin del exilio sólo podía alcanzarse mediante la penitencia y la oración, en una palabra, mediante la caridad:

Es por la caridad por lo que debemos dismantelar los muros de Ginebra, por la caridad invadirla, por la caridad recuperarla. [...] No os propongo ni el hierro, ni ese polvo cuyo olor y

sabor recuerdan al horno infernal [...]. Es con el hambre y la sed sufridas por nosotros y no por nuestros adversarios como debemos vencer al enemigo.

Charles-Auguste afirma que, al final de este discurso, Francisco “descendió de su ambón entre los aplausos de toda la asamblea”, pero cabe suponer que algunos canónigos se sintieron irritados por la arenga de este joven sacerdote.

Podía haberse contentado con “imponer la disciplina de los canónigos y la exacta observancia de los estatutos”, y en lugar de ello se lanzó a una labor pastoral cada vez más intensa: confesiones, predicación en Annecy y en los pueblos, visitas a los enfermos y a los presos. Cuando era necesario, empleaba sus conocimientos jurídicos en beneficio de los demás, resolvía litigios y discutía con los hugonotes. Desde enero de 1594 hasta el inicio de su misión en Chiablèse, en septiembre, su labor de predicador debió de tener un comienzo prometedor. Como demuestran las numerosas citas, sus fuentes eran la Biblia, los Padres y los teólogos, y también autores paganos como Aristóteles, Plinio y Virgilio, cuyo famoso *Jovis omnia plena* no temía citar. Su padre no estaba acostumbrado a un celo tan arrollador ni a una predicación tan frecuente. Un día -contaba Francisco a su amigo Jean-Pierre Camus- me llevó aparte y me dijo:

Francisco no era de esta opinión: para él, “culpar a un obrero o a un viñador porque cultiva demasiado bien su tierra era alabarlo”.

Sacerdote, predicas demasiado a menudo. Incluso oigo tocar la campana entre semana para el sermón y me dicen: ¡Es el sacerdote! ¡El sacerdote! En mi época no era así, los sermones eran mucho más raros; ¡pero qué sermones! Dios sabe que eran eruditos, bien documentados; estaban llenos de historias maravillosas, un solo sermón contenía más citas en latín y griego que diez de los tuyos: todo el mundo era feliz y se edificaba, la gente corría a oírlos; habrías oído que iban a recoger maná. Ahora hacéis que esta práctica sea tan común que

ya no le prestamos atención y ya no os tenemos en tanta estima.

Los inicios de su amistad con Antoine Favre

Los humanistas tenían un gusto por la amistad, un espacio propicio para el intercambio epistolar en el que uno podía expresar su afecto con expresiones apropiadas extraídas de la antigüedad clásica. Francisco de Sales había leído sin duda el *De amicitia* de Cicerón. Volvió a su memoria la expresión con la que Horacio llamaba a Virgilio “la mitad de mi alma” (*Et serves animae dimidium meae*).

Tal vez recordara también la amistad que unía a Montaigne y Étienne de La Boétie: “Éramos en todos los aspectos la mitad del otro”, escribió el autor de los Ensayos, “siendo una sola alma en dos cuerpos, según la feliz definición de Aristóteles”; “si se me pide que explique por qué le amaba, encuentro que esto no puede expresarse más que respondiendo: Porque él era él y porque yo era yo”. Un verdadero amigo es un tesoro, dice el proverbio, y Francisco de Sales pudo experimentar que era cierto en el momento en que su vida dio un giro definitivo, gracias a su amistad con Antoine Favre.

Poseemos la primera carta que Favre le dirigió el 30 de julio de 1593 desde Chambéry. Con alusiones al “divino Platón” y en un latín elegante y refinado, expresaba su deseo: el de, según escribía, “no sólo amarte y honrarte, sino también contraer un vínculo vinculante para siempre”. Favre tenía entonces treinta y cinco años, había sido senador durante cinco años, y Francisco era diez años más joven. Ya se conocían de oídas, y Francisco incluso había intentado ponerse en contacto con él. Al recibir la carta, el joven sacerdote de Sales se alegró:

He recibido, ilustrísimo varón y recto Senador, vuestra carta, preciosísima prenda de vuestra benevolencia para conmigo, que, también por no esperada, me ha llenado de tanta alegría y admiración, que no puedo expresar mis sentimientos.

Más allá de la retórica evidente, ayudada por el uso del latín, éste fue el comienzo de una amistad que duró hasta su muerte. A la "provocación" del "más ilustre y recto senador", que se asemejaba a un desafío a duelo, Francisco respondió con expresiones adecuadas al caso: si el amigo fue el primero en entrar en la arena pacífica de la amistad, ya se verá quién será el último en permanecer en ella, porque yo - dijo Francisco- soy "un luchador que, por naturaleza, es el más ardiente en este tipo de lucha". De este primer intercambio de correspondencia nacerá el deseo de conocerse: de hecho, escribe, "que la admiración suscita el deseo de conocer, es una máxima que se aprende desde las primeras páginas de la filosofía". Las cartas se sucedieron rápidamente.

A finales de octubre de 1593, Francisco le respondió para agradecerle que le procurara 'otra amistad', la de François Girard. Había leído y releído las cartas de Favre "más de diez veces". El 30 de noviembre siguiente, Favre le insistió para que aceptara la dignidad de senador, pero por este motivo no quiso seguirle. A principios de diciembre, Francisco le anunció que su "queridísima madre" había dado a luz a su decimotercer hijo. Hacia finales de diciembre, le informa de su próxima ordenación sacerdotal, un "distinguido honor y excelente bien", que le convertirá en un hombre diferente, a pesar de los sentimientos de temor que albergaba en su interior. En la víspera de Navidad de 1593 tuvo lugar una reunión en Annecy, donde unos días después Favre probablemente presenció la toma de posesión del joven sacerdote. A principios de 1594, una fiebre obligó a Francisco a guardar cama, y su amigo le consoló hasta tal punto que le dijo que tu fiebre se había convertido en "nuestra" fiebre. En marzo de 1594, empezó a llamarle "hermano", mientras que la novia de Favre sería para Francisco "mi dulcísima hermana".

Esta amistad resultó fructífera y fecunda, pues el 29 de mayo de 1594, Favre fundó a su vez la Cofradía de la Santa Cruz en Chambéry; y el martes de Pentecostés, los dos amigos organizaron una gran peregrinación común a Aix. En

junio, Favre con su esposa, llamada por Francisco “mi dulcísima hermana, tu más ilustre y amada esposa”, y sus “nobles hijos” era esperado con impaciencia en Annecy. Antoine Favre tuvo entonces cinco hijos y una hija. En agosto, escribió una carta a los hijos de Favre para agradecerles sus escritos, animarles a seguir los ejemplos de su padre y rogarles que transmitieran a su madre sus sentimientos de “piedad filial”. El 2 de septiembre de 1594, en una nota escrita apresuradamente, Favre anuncia su próxima visita “lo antes posible” y termina con repetidos saludos no sólo a su “querido hermano”, sino también a “los de Sales y a todos los Salesianos”.

No faltaron quienes no se abstuvieron de criticar estas cartas un tanto magnilocuentes, llenas de cumplidos exagerados y periodos latinos sobreactuados. Al igual que su corresponsal, el sacerdote de Sales, intercalando su latín con referencias a la Biblia y a los Padres de la Iglesia, se ocupaba especialmente de citar a autores de la antigüedad clásica. El modelo ciceroniano y el arte epistolar nunca se le escaparon y, además, su amigo Favre califica las cartas de Francisco no sólo de “ciceronianas”, sino también de “atenienses”. No es de extrañar que una de sus propias cartas a Antoine Favre contenga la famosa cita de Terencio: “Nada de lo humano nos es ajeno”, adagio que se ha convertido en profesión de fe entre los humanistas.

En conclusión, Francisco consideraba esta amistad como un don del cielo, describiéndola como una “amistad fraternal que la Bondad divina, forjadora de la naturaleza, tejió tan vívida y perfectamente entre él y yo, a pesar de que éramos diferentes en nacimiento y vocación, y desiguales en dones y gracias que yo sólo poseía en él”. Durante los años difíciles que vendrían, Antoine Favre sería siempre su confidente y su mejor apoyo.

Una misión peligrosa

En 1594, el duque de Saboya, Carlos Manuel I (1580-1630), acababa de reconquistar Chiablèse, una región

cercana a Ginebra, al sur del lago Lemán, disputada durante mucho tiempo entre vecinos. La historia político-religiosa de Chiablèse era complicada, como demuestra una carta escrita en toscan italiano en febrero de 1596 y dirigida al nuncio de Turín:

Una parte de esta diócesis de Ginebra fue ocupada por los Berneses, hace sesenta años, [y] permaneció herética; la cual, siendo reducida al pleno poder de Su Alteza Sereníssima estos últimos años, por la guerra, [y reunida con] su antiguo patrimonio, muchos de los [habitantes,] movidos más bien por el estruendo de los arcabuces que por los sermones que allí se predicaban por orden de Monseñor Obispo, se redujeron a la fe en el seno de la santa madre Iglesia. Pero entonces, infestadas aquellas tierras por las incursiones de los ginebrinos y los franceses, volvieron al fango.

El duque, con la intención de devolver al catolicismo a aquella población de unas veinticinco mil almas, se dirigió al obispo para que hiciera lo necesario. Ya en 1589, había enviado a cincuenta párrocos para recuperar la posesión de las parroquias, pero pronto fueron rechazados por los calvinistas. Esta vez era necesario proceder de otro modo, es decir, enviar a dos o tres misioneros muy instruidos, capaces de hacer frente a la tormenta que no dejaría de azotar a los “papistas”. En una asamblea del clero, el obispo expuso el plan y pidió voluntarios. Nadie dijo ni pío. Cuando volvió los ojos hacia el preboste de Sales, éste le dijo: “Monseñor, si me cree capaz y me lo ordena, estoy dispuesto a obedecer e iré de buena gana”.

Sabía bien lo que le esperaba y que sería recibido con “insultos en los labios o piedras en la mano”. Para Francisco, la oposición de su padre a tal misión (perjudicial para su vida y aún más para el honor de su familia) ya no parecía un obstáculo, porque reconocía una voluntad superior en la orden del obispo. A las objeciones de su padre sobre los peligros reales de la misión, respondió con orgullo:

Dios, mi Padre, proveerá: es él quien ayuda a los fuertes; sólo hace falta valor. [...] ¿Y si nos enviaran a la India o a Inglaterra? ¿No habría de ir allí? [...] Es cierto que es una empresa laboriosa, y nadie se atrevería a negarlo; pero ¿para qué nos ponemos estas ropas si rehuimos llevar la carga?

Se preparó para la misión en el castillo de Sales, a principios de septiembre de 1594, en un clima pesado: “Su padre no quería verle, porque se oponía totalmente al compromiso apostólico de su hijo y le había obstaculizado con todos los esfuerzos imaginables, sin haber conseguido minar su generosa decisión. La última noche se despidió en secreto de su virtuosa madre”.

El 14 de septiembre de 1594 llegó a Chiablèse en compañía de su primo Luis de Sales. Cuatro días después, su padre envió a un criado para decirle que regresara, “pero el santo joven [en respuesta] envió de vuelta a su sirviente Georges Rolland y a su propio caballo, y persuadió a su primo de que regresara también para tranquilizar a la familia. El primo le obedeció, aunque más tarde volvió a verle. Y nuestro santo contó [...] que en toda su vida nunca había sentido un consuelo interior tan grande, ni tanto valor en el servicio de Dios y de las almas, como aquel 18 de septiembre de 1594, cuando se encontró sin compañero, sin sirviente, sin equipo, y obligado a vagar de aquí para allá, solo, pobre y a pie, ocupado en predicar el Reino de Dios.

Para disuadirle de una misión tan arriesgada, su padre le desheredó. Según Pierre Magnin, “el padre de Francisco, según supe de labios del santo varón, no quiso ayudarle con la abundancia que hubiera sido necesaria, deseando desviarle de tal empresa iniciada por su hijo contra su consejo, bien consciente del evidente peligro al que exponía su vida. Y una vez le permitió salir de Sales para volver a Thonon con sólo un escudo, de modo que [Francisco] se vio obligado [...] a hacer el viaje a pie, a menudo mal vestido y mal abrigado, expuesto a un frío intenso, al viento, a la lluvia y a la nieve insoportables en este país».

Tras un asalto que sufrió con Georges Rolland, el señor de Boisy volvió a intentar disuadirle de la empresa, pero de nuevo sin éxito. Francisco intentó sacudir las cuerdas de su orgullo paterno escribiéndole estas encomiables líneas

Si Rolland fuera tu hijo, aunque no es más que tu sirviente, no habría tenido tan poco valor como para echarse atrás en un combate tan modesto como el que le ha tocado, y no hablaría de él como de una gran batalla. Nadie puede dudar de la mala voluntad de nuestros adversarios; pero nos hacéis un mal al dudar de nuestro valor. [...] Te ruego, pues, Padre mío, que no atribuyas mi perseverancia a la desobediencia y que me consideres siempre como tu hijo más respetuoso.

Una observación esclarecedora que nos ha transmitido Alberto de Ginebra nos ayuda a comprender mejor lo que acabó por convencer al padre de que dejara de oponerse a su hijo. El abuelo de este testigo en el proceso de beatificación, amigo del señor de Boisy, había dicho un día al padre de Francisco que debía sentirse “muy afortunado por tener un hijo tan querido por Dios, y que lo consideraba demasiado sabio y temeroso de Dios como para oponerse a la santa voluntad [de su hijo], que tenía por objeto realizar un plan en el que el santo nombre de Dios sería muy glorificado, la Iglesia exaltada y la casa de Sales recibiría mayor gloria que todos los demás títulos, por ilustres que fueran”.

El tiempo de las responsabilidades

Sacerdote de la catedral en 1593, con sólo veinticinco años, jefe de la misión de Chiablese al año siguiente, Francisco de Sales pudo contar con una educación excepcionalmente rica y armoniosa: una educación familiar cuidada, una formación moral y religiosa de gran calidad y estudios literarios, filosóficos, teológicos, científicos y jurídicos de alto nivel. Es cierto que se había beneficiado de posibilidades negadas a la mayoría de sus contemporáneos, pero en él destacaban el esfuerzo personal, la respuesta generosa a los llamamientos que recibía y la tenacidad que mostraba en la

prosecución de su vocación, por no hablar de la marcada espiritualidad que inspiraba su comportamiento.

A estas alturas iba a convertirse en un hombre público, con responsabilidades cada vez más amplias, que le permitirían poner sus dones de la naturaleza y de la gracia al servicio de los demás. Previsto para ser obispo coadjutor de Ginebra ya en 1596, nombrado obispo en 1599, se convirtió en obispo de Ginebra a la muerte de su predecesor en 1602. Hombre de Iglesia ante todo, pero muy inmerso en la vida de la sociedad, le veremos preocupado no sólo por la administración de la diócesis, sino también por la formación de las personas confiadas a su ministerio pastoral.

El punto de inflexión en la vida de San Francisco de Sales (1/2)

Tras diez años de estudios en París y tres en la Universidad de Padua, Francisco de Sales regresó a Saboya poco antes del comienzo de la primavera de 1592. Confió a su primo Luis que estaba “cada vez más decidido a abrazar el estado eclesiástico, a pesar de la resistencia de sus padres”. No obstante, aceptó ir a Chambéry para inscribirse en el colegio de abogados del Senado de Saboya.

En realidad, estaba en juego todo el rumbo de su vida. Por un lado, la autoridad de su padre le ordenaba, ya que Francisco era el hijo mayor, que se planteara una carrera en el mundo; por otro, estaban sus inclinaciones y la creciente conciencia de que debía seguir una vocación

particular: “ser de la Iglesia”. Si es cierto que “los padres lo hacen todo por el bien de sus hijos”, no es menos cierto que los puntos de vista de unos y otros no siempre coinciden. Su padre, el señor de Boisy, soñaba con una magnífica carrera para Francisco: senador del ducado y (¿por qué no?) presidente del Senado soberano de Saboya. Francisco de Sales escribiría un día que los padres “nunca están satisfechos y nunca saben dejar de hablar a sus hijos de los medios que pueden engrandecerlos”.

Ahora bien, para él la obediencia era un imperativo fundamental y lo que más tarde dirá a Filotea era una regla de vida que ciertamente siguió desde la infancia: “Debes obedecer humildemente a tus superiores eclesiásticos, como el Papa y el obispo, el párroco y sus representantes; debes obedecer después a tus superiores políticos, es decir, a tu príncipe y a los magistrados que instituyó en tu país; debes obedecer finalmente a los superiores de tu casa, es decir, a tu padre, a tu madre”. El problema surgía de la imposibilidad de conciliar las distintas obediencias. Entre la voluntad de su padre y la suya propia (que cada vez percibía más como la de Dios) la oposición se hizo inevitable. Sigamos las etapas de la maduración vocacional de un “dulce rebelde”.

Mirada retrospectiva

Para comprender el drama vivido por Francisco es necesario volver al pasado, porque este drama marcó toda su juventud y se resolvió en 1593. Desde que tenía unos diez años, Francisco cultivó en su interior su propio proyecto de vida. No pocos acontecimientos que vivió o provocó dan testimonio de ello. A los once años, antes de partir para París, había pedido permiso a su padre para recibir la tonsura. Esta ceremonia, durante la cual el obispo colocaba al candidato en el primer peldaño de una carrera eclesiástica, tuvo lugar realmente el 20 de septiembre de 1578 Clermont-en-Genevois. Su padre, que al principio se opuso, acabó cediendo, porque consideraba que no era más que un capricho infantil.

Durante el examen preliminar, asombrado por la exactitud de las respuestas y la modestia del candidato, el obispo le dijo supuestamente: "Muchacho, ánimo, serás un buen siervo de Dios". En el momento de sacrificar su rubia cabellera, Francisco confesó que sentía cierto pesar. Sin embargo, el compromiso que contrajo quedará siempre fijado en su memoria. En efecto, confió un día a la Madre Angélique Arnauld: "Desde hace doce años, estoy tan decidido a ser de la Iglesia, que ni por ningún reino habría cambiado de intención".

Cuando su padre, que no le era indiferente, decidió enviarle a París para que completara allí sus estudios, debió de sentir en su alma sentimientos contradictorios, descritos en el *Tratado del amor de Dios*: "Cuando un padre envía a su hijo a la corte o a sus estudios -escribió-, no llora al saludarle, lo que demuestra que, aunque quiere hacerlo según la parte superior, por el bien de su hijo, sin embargo, esa partida causa disgusto a la parte inferior, por lo que no le gustaría dejarle marchar". Recordemos también la elección del colegio jesuita de París, preferido al de Navarra, el comportamiento de Francisco durante su formación, la influencia de la dirección espiritual del padre Possevino en Padua y todos los demás factores que podrían haber jugado a favor de la consolidación de su vocación eclesíástica.

Pero ante él se alzaba un obstáculo rocoso: la voluntad de su padre, a la que debía no sólo una humilde sumisión, según la costumbre de la época, sino algo más y mejor, pues "el amor y el respeto que un hijo profesa a su padre hacen que se decida no sólo a vivir según sus mandatos, sino también según los deseos y preferencias que expresa". En París, hacia el final de su estancia, le impresionó profundamente la decisión del duque de Joyeuse, antiguo favorito de Enrique III, que se había hecho capuchino tras la muerte de su esposa. Según su amigo Jean Pasquelet, "si no hubiera temido contrariar el alma del señor de Boisy, su padre, siendo su hijo mayor, se habría hecho capuchino sin falta".

Estudiaba por obediencia, pero también para ser útil a su prójimo. “Y sigue siendo cierto -declara el padre de Quoex- lo que me dijo cuando estuvo en París y en Padua: que no le interesaba tanto lo que estudiaba, sino más bien pensar si algún día podría servir dignamente a Dios y ayudar al prójimo mediante los estudios que realizaba”. En 1620 confió a François de Ronis: “Mientras estuve en Padua, estudié derecho para complacer a mi padre, y para complacerme a mí mismo estudié teología”. Del mismo modo, François Bochut declaró que “cuando fue enviado a Padua a estudiar derecho para complacer a sus padres, su inclinación le llevó a abrazar el estado eclesiástico”, y que allí “completó la mayor parte de sus estudios teológicos, dedicándoles la mayor parte de su tiempo”. Esta última afirmación parece claramente exagerada: Francisco de Sales ciertamente tuvo que dedicar la mayor parte de su tiempo y energía a los estudios jurídicos que formaban parte de su “deber de estado”. En cuanto a su padre, Jean-Pierre Camus relata esta significativa confidencia: “Tuve -me dijo- el mejor padre del mundo; pero era un buen hombre que había pasado la mayor parte de sus años en la corte y en la guerra, por lo que conocía las máximas mejor que las de la teología”.

Probablemente fue el padre Possevino quien se convirtió en su mejor apoyo para orientar su vida. Según su sobrino Carlos Augusto, Possevino le habría dicho: “Sigue pensando en las cosas divinas y estudiando teología”, añadiendo con dulzura: “Créeme, tu espíritu no está hecho para las fatigas del foro y tus ojos no están hechos para soportar su polvo; el camino del siglo es demasiado resbaladizo, hay peligro de perderse. ¿No hay más gloria en proclamar la palabra de nuestro buen Dios a miles de seres humanos, desde las catedrales de las iglesias, que en calentarse las manos golpeando con los puños en los estrados de los fiscales para dirimir las disputas?” Fue sin duda su atracción por este ideal lo que le permitió resistirse a ciertas maniobras y farsas desagradables de algunos camaradas que ciertamente no

eran modelos de virtud.

Un discernimiento y una elección muy difíciles

En su viaje de regreso de Padua, Francisco de Sales llevaba consigo una carta de su antiguo profesor Panciroli dirigida a su padre, a quien le aconsejaba que enviara a su hijo al Senado. El señor de Boisy no quería otra cosa, y para ello había preparado para Francisco una rica biblioteca de derecho, le había proporcionado tierras y un título, y le había destinado a ser el señor de Villaroget. Por último, le pidió que se reuniera con Françoise Suchet, una adolescente de catorce años, “hija única y muy hermosa”, señaló Charles-Auguste, para hacer “los arreglos preliminares matrimoniales”. Francisco tenía veinticinco años, mayoría de edad según la mentalidad de la época y apta para el matrimonio. Su elección estaba hecha desde hacía mucho tiempo, pero no quiso crear rupturas, prefiriendo preparar a su padre para el momento favorable.

Se reunió varias veces con la joven, a la que, sin embargo, le hacía comprender que tenía otras intenciones. “Para complacer a su padre”, declaró François Favre en el proceso de beatificación, “visitó a la joven, cuyas virtudes admiraba”, pero “no se le pudo persuadir para que aceptara tal matrimonio, a pesar de todos los esfuerzos realizados a este respecto por su padre”. Francisco reveló igualmente a Amé Bouvard, su confidente: “Obedeciendo a mi padre, vi a la joven a la que me destinaba de todo corazón, admiré su virtud”, y añadió, sin rodeos y con convicción: “Créeme, te digo la verdad: mi único deseo ha sido siempre abrazar la vida eclesiástica”. Claude de Blonay afirmó haber oído de labios del propio Francisco “que había rechazado tan hermosa alianza, no por desprecio al matrimonio, del que sentía un gran respeto como sacramento, sino más bien por un cierto ardor, íntimo y espiritual, que le inclinaba a ponerse totalmente al servicio de la Iglesia y a ser todo de Dios, con un corazón indiviso”.

Mientras tanto, el 24 de noviembre de 1592, durante una sesión en la que dio loables pruebas de sus

capacidades, había sido aceptado como abogado en el Colegio de Abogados de Chambéry. A su regreso de Chambéry, vio una señal celestial en un incidente relatado por Michel Favre: “El caballo se desplomó bajo él y la espada de su vaina se posó en el suelo con la punta apuntándole, [por lo que] de ello extrajo una prueba convincente más de que Dios le quería a su servicio, junto con la esperanza de que le proporcionaría los medios”. Según Charles-Auguste, la espada “de su vaina había trazado una especie de cruz”. Lo que parece cierto es que la perspectiva de una profesión de abogado no debió entusiasmarle, si se da crédito a lo que escribiría más tarde:

[Según algunos,] cuando el camaleón se hincha, cambia de color; otros dicen que esto sucede por miedo y aprensión. Demócrito afirma que la lengua que le arrancaron, mientras estaba vivo, permitió a quienes la tenían en la boca ganar las pruebas; esto se aplica también al lenguaje de los abogados, que son verdaderos camaleones.

Pocas semanas después, le concedieron la licencia de senador de Turín. Era un honor extraordinario para su edad, porque si “los abogados discuten en el foro con muchas palabras sobre los hechos y los derechos de las partes”, “el Parlamento o el Senado resuelven todas las dificultades con un decreto de arriba”. Francisco no quiso aceptar este alto cargo, que podría alterar una vez más todos los hechos del problema. A pesar del escandalizado asombro de su padre y de la presión de sus mejores amigos, mantuvo estrictamente su negativa. E incluso cuando se le mostró que la acumulación de cargos civiles y eclesiásticos era permisible, replicó que “no se debían mezclar las cosas sagradas con las profanas”.

Finalmente llegó el día en que, por una feliz combinación de circunstancias, pudo desenredar una complicada situación que podría haber degenerado en una dolorosa ruptura con su familia. Pocos meses después, y precisamente tras la muerte del rector de la catedral en octubre de 1592, algunos confidentes habían presentado, sin que él lo supiera, una

solicitud a Roma para este cargo, lo que le convertía en la primera persona de la diócesis después del obispo. El 7 de mayo de 1593 llegó el nombramiento romano. Dos días después tuvo lugar el encuentro que marcaría el punto de inflexión de su vida. Con el apoyo de su madre, Francisco hizo a su anciano padre una petición que nunca se había atrevido a hacer: “Ten la cortesía, padre mío, [...] de permitirme ser de la Iglesia”.

Fue un durísimo golpe para el Señor de Boisy, que de repente vio cómo se desmoronaban sus planes. Se quedó “estupefacto”, pues no esperaba semejante petición. Charles-Auguste añade que “su señora no lo estaba menos”, pues había estado presente en la escena. Para el padre, el deseo de su hijo de ser sacerdote era un “estado de ánimo” que alguien le había metido en la cabeza o “aconsejado”.

Esperaba -le dijo- que fueras el bastón de mi vejez, y en cambio te alejas de mí antes de tiempo. Ten cuidado con lo que haces. Quizá aún necesites madurar en tu decisión. Tu cabeza está hecha para una boina más majestuosa. Has dedicado tantos años al estudio de la ley: la jurisprudencia no te servirá de nada bajo la sotana de un sacerdote. Tienes hermanos para los que debes ser un padre cuando faltan.

Para Francisco era una necesidad interior, una “vocación” que comprometía toda su persona y toda su vida. Su padre respetaba el sacerdocio, pero seguía considerándolo una simple función, una profesión. Ahora, la reforma católica pretendía dar al sacerdocio una configuración renovada, más elevada y exigente, es decir, considerarlo una llamada de Dios sancionada por la Iglesia. El deber de responder a esta llamada divina correspondía quizá también a un nuevo derecho de la persona humana, que Francisco defendió frente a la decisión “unilateral” de su padre. Éste, tras exponer todas sus buenas razones contra tal proyecto, sabiendo que su hijo ocuparía un puesto muy honorable, acabó cediendo: “Por Dios, haz lo que creas”.

En una obra aparecida en 1669, Nicolas de

Hauteville comentó este episodio, comparando el drama del Señor de Boisy con el de Abraham, a quien Dios había ordenado sacrificar a su hijo. Pero con esta diferencia, que era Francisco quien había impuesto el sacrificio a su padre. En efecto, escribía el antiguo cronista, “toda la adolescencia y juventud [de Francisco] fue una época de alegría, esperanza y consuelo muy gratificante para su buen padre, pero al final hay que confesar que este [nuevo] Isaac fue para él un muchacho causa de preocupaciones, amarguras y dolores”. Y agregaba que “la lucha que se desencadenó en su interior le hizo enfermar gravemente, pues le resultaba difícil permitir que este hijo tan querido se casara con un breviario en lugar de con una apuesto y rica joven heredera de una muy noble y antigua casa de Saboya”.

[\(continuación\)](#)

San Francisco de Sales estudiante universitario en Padua (2/2)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

Medicina

Junto a las facultades de Derecho y Teología, los estudios de Medicina y Botánica gozaron de extraordinario prestigio en Padua, sobre todo después de que el médico flamenco Andrea Vesalio, padre de la anatomía moderna, asestara un golpe mortal a las viejas teorías de Hipócrates y Galeno con la práctica de la disección del cuerpo humano, que escandalizó a las autoridades establecidas. Vesalio había publicado en 1543 su *De humani corporis fabrica*, que

revolucionó el conocimiento de la anatomía humana. Para procurarse cadáveres, se pedían los cuerpos de los ajusticiados o se desenterraban los muertos, lo que no ocurría sin provocar las disputas, a veces sangrientas, de los sepultureros.

No obstante, se pueden hacer varias constataciones. En primer lugar, se sabe que durante la grave enfermedad que le postró en Padua a finales de 1590, había decidido donar su cuerpo a la ciencia si moría, y ello para evitar las disputas entre estudiantes de medicina empeñados en buscar cadáveres. ¿Aprobaba, pues, el nuevo método de disección del cuerpo humano? En cualquier caso, parecía alentarlo con este gesto tan discutido. Además, se detecta en él un interés permanente por los problemas de salud, por los médicos y los cirujanos. Hay una gran diferencia, escribió, por ejemplo, entre el bandolero y el cirujano: “El bandolero y el cirujano cortan los miembros y hacen correr la sangre, uno para matar, el otro para curar”.

También en Padua, a principios del siglo XVII, un médico inglés, William Harvey, descubrió las reglas de la circulación sanguínea. El corazón se convirtió realmente en el autor de la vida, el centro de todo, el sol, como el príncipe en su estado. Aunque el médico inglés no publicaría sus descubrimientos hasta 1628, es posible suponer que en la época en que Francisco era estudiante, tales investigaciones ya estaban en marcha. Él mismo escribió, por ejemplo, que “*cor habet motum in se proprium et alia movere facit*”, es decir, que “el corazón tiene en sí un movimiento que le es propio y que hace que todo lo demás se mueva”. Citando a Aristóteles, afirmará que “el corazón es el primer miembro que vive en nosotros y el último que muere”.

Botánica

Probablemente durante su estancia en Padua, Francisco también se interesó por las ciencias naturales. No podía ignorar que en la ciudad existía el primer jardín botánico, creado para cultivar, observar y experimentar con

plantas autóctonas y exóticas. Las plantas eran ingredientes de la mayoría de los medicamentos y su uso con fines terapéuticos se basaba principalmente en textos de autores antiguos, que no siempre eran fiables. Poseemos ocho colecciones de Similitudes de Francesco, compiladas probablemente entre 1594 y 1614, pero cuyo origen se remonta a Padua. El título de estas pequeñas colecciones de imágenes y comparaciones extraídas de la naturaleza manifiesta ciertamente su carácter utilitario; su contenido, en cambio, atestigua un interés casi enciclopédico, no sólo por el mundo vegetal, sino también por el mineral y el animal.

Francisco de Sales consultó a los autores antiguos, que en su época gozaban de una autoridad indiscutible en la materia: Plinio el Viejo, autor de una vasta *Historia Natural*, verdadera enciclopedia de la época, pero también Aristóteles (el de la *Historiade los Animales* y *La Generación de los Animales*), Plutarco, Teofrasto (autor de una *Historia de las Plantas*), e incluso San Agustín y San Alberto Magno. También conocía a autores contemporáneos, en particular el *Commentari a Dioscorides* del naturalista italiano Pietro Andrea Mattioli.

Lo que fascinaba a Francisco de Sales era la misteriosa relación entre la historia natural y la vida espiritual del hombre. Para él, escribe A. Ravier, "todo descubrimiento es portador de un secreto de la creación". Las virtudes particulares de ciertas plantas son maravillosas: "Plinio y Mattioli describen una hierba que es salutífera contra la peste, los cólicos, los cálculos renales, invitándonos a cultivarla en nuestros jardines". A lo largo de los numerosos caminos que recorrió durante su vida, le vemos atento a la naturaleza, al mundo que le rodeaba, a la sucesión de las estaciones y a su misterioso significado. El libro de la naturaleza se le aparecía como una inmensa Biblia que debía aprender a interpretar, por eso llamaba a los Padres de la Iglesia 'herbolarios espirituales'. Cuando ejercía la dirección espiritual de personas muy diversas, recordaba que 'en el jardín, cada hierba y cada flor requieren cuidados

especiales’.

Programa de vida personal

Durante su estancia en Padua, ciudad en la que había más de cuarenta monasterios y conventos, Francisco volvió a recurrir a los jesuitas para su dirección espiritual. Destacando como es debido el papel protagonista de los jesuitas en la formación del joven Francisco de Sales, hay que decir, sin embargo, que no fueron los únicos. Una gran admiración y amistad lo unió al Padre Filippo Gesualdi, un predicador franciscano del famoso convento de San Antonio de Padua. Frecuentaba el convento de los Teatinos, donde el padre Lorenzo Scupoli venía de vez en cuando a predicar. Allí descubrió el libro titulado *Combate Espiritual*, que le enseñó a dominar las inclinaciones de la parte inferior del alma. Francisco de Sales ‘escribió no pocas cosas’, afirmó Camus, ‘de las que inmediatamente descubro la semilla y el germen en algunos pasajes de dicho Combate’. Durante su estancia en Padua, parece que también se dedicó a una actividad educativa en un orfanato.

Es sin duda debido a la benéfica influencia de estos maestros, en particular del padre Possevino, el hecho que Francisco escribió varias reglas de vida, de las que se conservan fragmentos significativos. La primera, titulada Ejercicio de preparación, era un ejercicio mental que debía realizarse por la mañana: “Procuraré, por medio de él - escribió-, prepararme para tratar y cumplir mi deber de la manera más loable”. Consistía en imaginarse todo lo que podía ocurrirle durante el día: “Pensaré, pues, seriamente en los imprevistos que pueden sucederme, en las empresas en las que puedo verme obligado a intervenir, en los sucesos que pueden ocurrirme, en los lugares a los que tratarán de persuadirme para que vaya”. Y éste es el propósito del ejercicio:

Estudiaré con diligencia y buscaré los mejores medios para evitar pasos en falsos. Así dispondré y determinaré dentro de mí lo que me convendrá hacer, el orden y conducta que habré de

guardar en tal o cual circunstancia, lo que será oportuno decir en compañía, el porte que habré de observar y lo que habré de huir y desear.

En la *Conducta particular para pasar bien el día*, el estudiante identificaba las principales prácticas de piedad que se proponía realizar: oraciones matutinas, misa diaria, tiempo de 'descanso espiritual', oraciones e invocaciones durante la noche. En el *Ejercicio del Sueño o Descanso Espiritual*, especificaba los temas en los que debía centrar sus meditaciones. Junto a los temas clásicos, como la vanidad de este mundo, la detestación del pecado, la justicia divina, había reservado un espacio para consideraciones, de sabor humanista, sobre la 'excelencia de la virtud', que 'hace al hombre bello por dentro y también por fuera', sobre la belleza de la razón humana, esa 'antorcha divina' que difunde un 'esplendor maravilloso', así como sobre la 'infinita sabiduría, omnipotencia e incomprensible bondad' de Dios. Otra práctica de piedad estaba consagrada a la comunión frecuente, a su preparación y a la acción de gracias. Se observa un avance en la frecuencia de la Comunión con respecto al periodo parisino.

En cuanto a las *Reglas para las conversaciones y reuniones*, tienen un interés particular desde el punto de vista de la educación social. Contienen seis puntos que el estudiante se propuso observar. En primer lugar, había que distinguir claramente entre los simples encuentros, en los que 'la compañía es momentánea', y la 'conversación', en la que entra en juego la afectividad. En cuanto a los encuentros, se lee esta regla general:

Nunca despreciaré ni daré la impresión de rehuir por completo el encuentro de ninguna persona; esto podría dar pie a parecer altivo, soberbio, severo, arrogante, censor, ambicioso y controlador. [...] No me tomaré la libertad de decir o hacer nada que no se ajuste a la medida, no sea que parezca insolente, dejándome llevar por una familiaridad demasiado

fácil. Sobre todo, tendré cuidado de no morder ni picar ni burlarme de nadie [...]. Respetaré a todos en particular, observaré la modestia, hablaré poco y bien, para que los compañeros vuelvan a un nuevo encuentro con placer y no con aburrimiento.

En cuanto a las conversaciones, término que en la época tenía un sentido amplio de conocimiento habitual o compañía, Francisco era más prudente. Quería ser 'amigo de todos y familiar de pocos', y siempre fiel a la única regla que no admitía excepciones: "Nada contra Dios".

Por lo demás, escribió, "seré modesto sin insolencia, libre sin austeridad, amable sin afectación, dócil sin contradicción a menos que la razón sugiera lo contrario, cordial sin disimulo". Se comportaba de forma diferente con los superiores, los iguales y los inferiores. Su norma general era 'adaptarse a la variedad de la compañía, pero sin perjudicar en modo alguno la virtud'. Dividía a las personas en tres categorías: los descarados, los libres y los cerrados. Permanecerá imperturbable ante los insolentes, se mostrará abierto con las personas libres (es decir, sencillas, acogedoras) y será muy prudente con los sujetos melancólicos, a menudo llenos de curiosidad y recelo. Con los adultos, por último, se impondrá estar en guardia, tratarlos 'como con fuego' y no acercarse demasiado. Por supuesto, podría hablarles de amor, porque el amor 'engendra libertad', pero lo que debe dominar es el respeto que 'engendra modestia'.

Es fácil darse cuenta del grado de madurez humana y espiritual que había alcanzado entonces el estudiante de Derecho. Prudencia, sabiduría, modestia, discernimiento y caridad son las cualidades que saltan a la vista en su programa de vida, pero también hay una 'libertad honesta', una actitud benévola hacia todos y un fervor espiritual fuera de lo común. Esto no le impidió pasar por momentos difíciles en Padua, de los que quizá haya reminiscencias en un pasaje de la Filotea en el que afirma que 'un joven o una joven que no acompañe en el hablar, en el jugar, en el bailar, en el beber

o en el vestir el desenfreno de una compañía libertina será objeto de burlas y mofas por parte de los demás, y su modestia será tildada de intolerancia o afectación’.

Regreso a Saboya

El 5 de septiembre de 1591, Francisco de Sales coronó todos sus estudios con un brillante doctorado *in utroque jure*. Despidiéndose de la Universidad de Padua, partió, decía, de ‘aquella colina en cuya cima habitan, sin duda, las Musas como en otro Parnaso’.

Antes de abandonar Italia, era oportuno visitar este país tan rico en historia, cultura y religión. Con Déage, Gallois y algunos amigos saboyanos, partieron a finales de octubre hacia Venecia, luego hacia Ancona y el santuario de Loreto. Su destino final era llegar a Roma. Desgraciadamente, la presencia de bandoleros, envalentonados por la muerte del papa Gregorio XIV, y también la falta de dinero no se lo permitieron.

A su regreso a Padua, reanudó durante algún tiempo el estudio del *Códice*, incluido el relato del viaje. Pero a finales del año 1591, abandonó a causa del cansancio. Había llegado el momento de pensar en regresar a su patria. Efectivamente, el regreso a Saboya tuvo lugar hacia finales de febrero de 1592.

San Francisco de Sales estudiante universitario en Padua (1/2)

Francisco fue a Padua, ciudad perteneciente a la República de Venecia, en octubre de 1588, acompañado de su

hermano cadete Gallois, un niño de doce años que estudiará con los jesuitas, y de su fiel tutor, don Déage. A finales del siglo XVI, la facultad de Derecho de la Universidad de Padua gozaba de una extraordinaria reputación, que superaba incluso a la del famoso Studium de Bolonia. Cuando pronunció su Discurso de acción de gracias tras su promoción a doctor, Francisco de Sales tejió sus elogios en forma ditirámbica:

Hasta ese momento, yo no había dedicado ningún trabajo a la santa y sagrada ciencia de la ley: pero cuando, después, decidí comprometerme a tal estudio, no tuve absolutamente ninguna necesidad de buscar a donde dirigirme o a donde ir; este colegio de Padua inmediatamente me atrajo por su celebridad y, bajo los auspicios más favorables, de hecho, en ese momento, tenía doctores y lectores como nunca había tenido y nunca más tendré mayores.

Diga lo que diga, lo cierto es que la decisión de estudiar Derecho no partió de él, sino que le fue impuesta por su padre. Otras razones podrían haber jugado a favor de Padua, a saber, la necesidad que el Senado de un Estado bilingüe tenía de magistrados con una doble cultura, francesa e italiana.

En la patria del humanismo

Cruzando los Alpes por primera vez, Francisco de Sales puso un pie en la patria del humanismo. En Padua, no sólo pudo admirar los palacios y las iglesias, especialmente la basílica de San Antonio, sino también los frescos de Giotto, los bronce de Donatello, las pinturas de Mantegna y los frescos de Tiziano. Su estancia en la península italiana también le permitió conocer varias ciudades de arte, en particular, Venecia, Milán y Turín.

En el plano literario, no podía dejar de estar en contacto con algunas de las producciones más famosas. ¿Tuvo en sus manos la *Divina Comedia* de Dante Alighieri, los poemas de Petrarca, precursor del humanismo y primer poeta de su época, las novelas de Boccaccio, fundador de la prosa italiana, el

Orlando furioso de Ariosto, o la *Gerusalemme liberata* de Tasso? Su preferencia era la literatura espiritual, en particular la lectura reflexiva del *Combate espiritual* de Lorenzo Scupoli. Reconocía modestamente: “No creo hablar un italiano perfecto”.

En Padua, Francisco tuvo la suerte de conocer a un distinguido jesuita en la persona del padre Antonio Possevino. Este “humanista errante de vida épica”, al que el Papa había encargado misiones diplomáticas en Suecia, Dinamarca, Rusia, Polonia y Francia, había fijado su residencia permanente en Padua poco antes de la llegada de Francisco. Se convirtió en su director espiritual y guía en sus estudios y conocimiento del mundo.

La Universidad de Padua

Fundada en 1222, la Universidad de Padua era la más antigua de Italia después de Bolonia, de la que era una rama. En ella se enseñaba con éxito no sólo derecho, considerado como la *scientia scientiarum*, sino también teología, filosofía y medicina. Los cerca de 1.500 estudiantes procedían de toda Europa y no todos eran católicos, lo que a veces generaba inquietud y malestar.

Las peleas eran frecuentes, a veces sangrientas. Uno de los juegos peligrosos preferidos era la “caza paduana”. Francisco de Sales contaría un día a un amigo, Jean-Pierre Camus, “que un estudiante, tras golpear con una espada a un desconocido, se refugió con una mujer de la que descubrió que era la madre del joven al que acababa de asesinar”. Él mismo, que no circulaba sin espada, se vio un día envuelto en una pelea por compañeros de estudios, que juzgaron su mansedumbre como una forma de cobardía.

Profesores y alumnos apreciaban por igual el proverbial *patavinam libertatem*, que, además de cultivarse en la búsqueda intelectual, incitaba a un buen número de estudiantes a “revolotear” entregándose a la buena vida. Ni siquiera los discípulos más cercanos a Francisco eran modelos

de virtud. La viuda de uno de ellos contaría más tarde, en su pintoresco lenguaje, cómo su futuro marido había montado una farsa de mal gusto con algunos cómplices, destinada a arrojar a Francisco en brazos de una "miserable prostituta".

El estudio del derecho

Obedeciendo a su padre, Francisco se dedicó con valentía al estudio del derecho civil, al que quiso añadir el del derecho eclesiástico, que le convertiría en un futuro doctor *in utroque jure*. El estudio del derecho implicaba también el de la jurisprudencia, que es "la ciencia por medio de la cual se administra el derecho".

El estudio se centraba en las fuentes del derecho, es decir, el antiguo derecho romano, recogido e interpretado en el siglo VI por los juristas del emperador Justiniano. A lo largo de su vida, recordaría la definición de justicia, leída al principio del *Digesto*: "voluntad perpetua, firme y constante de dar a cada uno lo que le pertenece".

Examinando los cuadernos de Francisco, podemos identificar algunas de sus reacciones ante ciertas leyes. Está totalmente de acuerdo con el título del Código que abre la serie de leyes: *De la Soberana Trinidad y de la Fe Católica*, y con la defensa que sigue inmediatamente: *Que no se permita a nadie discutir las en público*. "Este título, así escribía, es precioso, yo diría sublime, y digno de ser leído a menudo contra los reformadores, sabihondos y políticos".

La educación legal de Francisco de Sales descansaba sobre una base que parecía incuestionable en aquella época. Para los católicos de su tiempo, "tolerar" el protestantismo no podía tener otro significado que el de ser cómplices del error; de ahí la necesidad de combatirlo y por todos los medios, incluidos los previstos por la ley vigente. En ningún caso había que resignarse a la presencia de la herejía, que aparecía no sólo como un error en el plano de la fe, sino también como una fuente de división y de perturbación en la Cristiandad. En el afán de sus veinte años, Francisco de

Sales compartía este punto de vista.

Pero este afán también tenía rienda suelta sobre aquellos que favorecían la injusticia y la persecución, ya que, con respecto al Título XXVI del Libro III, escribió: “Es tan preciosa como el oro y digna de ser escrita en letras mayúsculas la novena ley, que dice: Que los parientes del príncipe sean castigados con fuego si persiguen a los habitantes de las provincias”.

Más tarde, Francisco apelaría al que designaba como “nuestro Justiniano” para denunciar la lentitud de la justicia por parte del juez, que “se excusa invocando mil razones de costumbre, estilo, teoría, práctica y prudencia”. En sus lecciones sobre derecho eclesiástico, estudió la colección de leyes que utilizaría más tarde, en particular las del canonista medieval Gratianus, entre otras cosas para demostrar que el obispo de Roma es el “verdadero sucesor de San Pedro y cabeza de la Iglesia militante”, y que los religiosos y religiosas deben ponerse “bajo la obediencia de los obispos”.

Al consultar las notas manuscritas tomadas por Francisco durante su estancia en Padua, llama la atención la extrema pulcritud de su letra. Pasó de la escritura gótica, todavía utilizada en París, a la escritura moderna de los humanistas.

Pero al final, sus estudios de Derecho debieron aburrirle bastante. En un caluroso día de verano, ante la frialdad de las leyes y su lejanía en el tiempo, escribió, desilusionado, este comentario: “Siendo estas materias antiguas, no parecía provechoso dedicarse a examinarlas en este tiempo canicular, demasiado caluroso para ocuparse cómodamente de discusiones frías y escalofriantes”.

Estudios teológicos y crisis intelectual

Al tiempo que se dedicaba al estudio del Derecho, Francisco seguía interesándose por la Teología. Según su sobrino, recién llegado a Padua, se puso a trabajar con toda la diligencia posible, y colocó en el atril de su habitación

la *Suma* del Doctor Angélico, Santo Tomás, para tenerla todos los días ante los ojos y poder consultarla fácilmente para entender otros libros. Le gustaba mucho leer los libros de san Buenaventura. Adquirió un buen conocimiento de los Padres latinos, especialmente de las 'dos brillantes luminarias de la Iglesia', 'el gran san Agustín' y san Jerónimo, que eran también 'dos grandes capitanes de la Iglesia antigua', sin olvidar al 'glorioso san Ambrosio' y a san Gregorio Magno. Entre los Padres griegos, admiraba a San Juan Crisóstomo 'que, por su sublime elocuencia, fue alabado y llamado Boca de Oro'. También citaba con frecuencia a san Gregorio Nacianceno, san Basilio, san Gregorio de Nisa, san Atanasio, Orígenes y otros.

Consultando los fragmentos de notas que han llegado hasta nosotros, aprendemos que también leía a los autores más importantes de su tiempo, en particular, al gran exégeta y teólogo español Juan Maldonado, jesuita que había establecido con éxito nuevos métodos en el estudio de los textos de la Escritura y de los Padres de la Iglesia. Además del estudio personal, Francisco pudo seguir cursos de teología en la universidad, donde don Déage preparaba su doctorado, y beneficiarse de la ayuda y los consejos de don Possevino. También se sabe que visitaba a menudo a los franciscanos, en la basílica de San Antonio.

Su reflexión se centró de nuevo en el problema de la predestinación y de la gracia, hasta el punto de llenar cinco cuadernos. En realidad, Francisco se encontró ante un dilema: permanecer fiel a las convicciones que siempre habían sido las suyas, o atenerse a las posiciones clásicas de san Agustín y santo Tomás, "el más grande e incomparable doctor". Ahora le resultaba difícil 'simpatizar' con la doctrina tan desalentadora de estos dos maestros, o al menos con la interpretación corriente, según la cual los hombres no tienen derecho a la salvación, porque ésta depende enteramente de una decisión libre de Dios.

En su adolescencia, Francisco se había formado una

visión más optimista del plan de Dios. Sus convicciones personales se vieron reforzadas tras la aparición en 1588 del libro del jesuita español Luis Molina, cuyo título latino *Concordia* resumía bien la tesis: *Concordia del libre albedrío con el don de la gracia*. En esta obra, la predestinación en sentido estricto era sustituida por una predestinación que tenía en cuenta los méritos del hombre, es decir, sus buenas o malas acciones. En otras palabras, Molina afirmaba tanto la acción soberana de Dios como el papel decisivo de la libertad que otorgaba al hombre.

En 1606, el obispo de Ginebra tendría el honor de ser consultado por el Papa sobre la disputa teológica que enfrentaba al jesuita Molina y al dominico Domingo Báñez sobre la misma cuestión, para quien la doctrina de Molina concedía demasiada autonomía a la libertad humana, a riesgo de poner en peligro la soberanía de Dios.

El *Teotimo*, aparecido en 1616, contiene en el capítulo 5 del libro III el pensamiento de Francisco de Sales, resumido en 'catorce líneas', que, según Jean-Pierre Camus, le habían costado 'la lectura de mil doscientas páginas de un gran volumen'. Con un encomiable esfuerzo por ser conciso y exacto, Francisco afirmaba tanto la liberalidad y generosidad divinas, como la libertad y responsabilidad humanas en el acto de escribir esta pesada frase: 'A nosotros nos toca ser suyos: pues, aunque es un don de Dios pertenecer a Dios, es un don que Dios nunca niega a nadie, al contrario, lo ofrece a todos, para concederlo a quienes consientan voluntariamente en recibirlo'.

Haciendo suyas las ideas de los jesuitas, que a los ojos de muchos aparecían como 'novelistas', y a quienes los jansenistas con Blaise Pascal pronto tacharían de malos teólogos, de laxistas, Francisco de Sales injertó su teología en la corriente del humanismo cristiano y optó por el 'Dios del corazón humano'. La 'teología salesiana', que se apoya en la bondad de Dios, que quiere la salvación de todos, se presentará igualmente con una apremiante invitación a la persona humana a responder con todo el 'corazón' a las

llamadas de la gracia.

[\(continuación\)](#)

San Francisco de Sales como joven estudiante en París

En 1578 Francisco de Sales tenía 11 años. Su padre, deseoso de hacer de su hijo mayor una figura prominente en Saboya, lo envió a París para que continuara sus estudios en la capital intelectual de la época. El internado al que quería que asistiera era el colegio de los nobles, pero Francisco prefirió el de los jesuitas. Con la ayuda de su madre, ganó su caso y se convirtió en alumno de los jesuitas en su internado de Clermont.

Recordando un día sus estudios en París, Francisco de Sales no escatimaría elogios: Saboya le había concedido “sus comienzos en las bellas letras”, escribiría, pero fue en la Universidad de París, “muy floreciente y muy frecuentada”, donde se había “aplicado en serio primero a las bellas letras, luego a todos los campos de la filosofía, con una facilidad y un provecho, favorecidos por el hecho de que, hasta los tejados, por así decirlo, y las paredes parecen filosofar”.

En una página del *Teotimo*, Francisco de Sales relata un recuerdo de París de aquella época, en el que reconstruye el clima en el que estaba inmersa la juventud estudiantil de la capital, dividida entre los placeres prohibidos, la herejía de moda y la devoción monástica:

Cuando yo era joven en París, dos estudiantes, uno de los cuales era hereje, mientras pernoctaban en el suburbio de Saint-Jacques, disipándose de manera disoluta, oyeron tocar la

campana matutina en la iglesia de los Cartujos; habiendo preguntado el hereje a su compañero católico por qué tocaba aquella campana, éste le ilustró sobre cuán devotamente se celebraban los santos oficios en aquel monasterio; ¡Oh Dios, dijo, iqué diferente del nuestro es el ejercicio de esos religiosos! Ellos realizan el de los ángeles, y nosotros el de los animales brutos. Al día siguiente, deseando comprobar por sí mismo lo que había aprendido del relato de su compañero, vio a aquellos padres en sus puestos, alineados como estatuas de mármol en sus nichos, inmóviles, sin hacer ningún gesto, excepto el de salmodiar, lo que hacían con una atención y devoción verdaderamente angelicales, según la costumbre de aquella santa orden. Entonces aquel joven, embelesado por la admiración, se sintió embargado por una extrema consolación al ver a Dios tan bien adorado por los católicos, y decidió, cosa que hizo entonces, entrar en el seno de la Iglesia, verdadera y única esposa de aquel que le había visitado con su inspiración en el deshonroso lecho de infamia en el que yacía.

Otra anécdota muestra también que Francisco de Sales no ignoraba el espíritu rebelde de los parisinos, que les hacía “aborrecer las acciones mandadas”. Se trataba de un hombre “que, después de vivir ochenta años en la ciudad de París, sin abandonarla jamás, en cuanto el rey le ordenó permanecer allí el resto de sus días, salió inmediatamente a ver el campo, cosa que no había deseado en toda su vida”.

Estudios humanísticos

Los jesuitas estaban entonces animados por el ímpetu de sus orígenes. Francisco de Sales pasó diez años en su colegio, cubriendo todo el plan de estudios, pasando de la gramática a los estudios clásicos, pasando por la retórica y la filosofía. Como alumno externo, vivía no lejos del colegio con su tutor, el P. Déage, y sus tres primos, Amé, Louis y Gaspard.

El método de los jesuitas consistía en la conferencia del profesor (*praelectio*), seguida de numerosos

ejercicios por parte de los alumnos, como la composición de versos y discursos, la repetición de conferencias, declamaciones, temas, conversaciones y disputas (*disputatio*) en latín. Para motivar a sus alumnos, los profesores apelaban a dos “inclinaciones” presentes en el alma humana: el placer, alimentado por la imitación de los antiguos, el sentido de la belleza y la búsqueda de la perfección literaria; y el esfuerzo o emulación, estimulado por el sentido del honor y el premio para los vencedores. En cuanto a las motivaciones religiosas, se trataba ante todo de buscar la mayor gloria de Dios (*ad maiorem Dei gloriam*).

Repasando los escritos de Francisco, uno se da cuenta de hasta qué punto su cultura latina era amplia y profunda, aunque no siempre leyera a los autores en el texto original. Cicerón tiene ahí su lugar, pero más bien como filósofo; es un gran espíritu, si no el más grande “entre los filósofos paganos”. Virgilio, príncipe de los poetas latinos, no es olvidado: en medio de un periódico, aparece de repente una línea de la Eneida o de las Églogas, embelleciendo la frase y estimulando la curiosidad. Plinio el Viejo, autor de la Historia Natural, proporcionará a Francisco de Sales una reserva casi inagotable de comparaciones, “símiles” y datos curiosos, a menudo fantasmagóricos.

Al término de sus estudios literarios, obtuvo el “bachillerato” que le abrió el acceso a la filosofía y a las “artes liberales”.

La filosofía y las “artes liberales”

Las “artes liberales” abarcaban no sólo la filosofía propiamente dicha, sino también las matemáticas, la cosmografía, la historia natural, la música, la física, la astronomía, la química, todo ello “entremezclado con consideraciones metafísicas”. También hay que señalar el interés de los jesuitas por las ciencias exactas, más cercano en esto al humanismo italiano que al francés.

Los escritos de Francisco de Sales muestran que sus estudios de filosofía dejaron huellas en su universo

mental. Aristóteles, “el cerebro más grande” de la antigüedad, está presente por doquier en Francisco. De Aristóteles, escribió, debemos este “antiguo axioma entre los filósofos, que todo hombre desea conocer”. Lo que más le sorprendió de Aristóteles fue que había escrito “un admirable tratado sobre las virtudes”. En cuanto a Platón, lo considera un “gran espíritu”, si no “el más grande”. Tenía en gran estima a Epicteto, “el mejor hombre de todo el paganismo”.

Los conocimientos relativos a la cosmografía, correspondientes a nuestra geografía, se vieron favorecidos por los viajes y descubrimientos de la época. Completamente ignorante de la causa del fenómeno del norte magnético, sabía perfectamente que “esta estrella polar” es aquella “hacia la que tiende constantemente la aguja de la brújula; gracias a ella los timoneles se guían en el mar y pueden saber adónde les llevan sus rutas”. El estudio de la astronomía abrió su espíritu al conocimiento de las nuevas teorías copernicanas.

En cuanto a la música, confiesa que, sin ser un entendido en ella, disfrutaba sin embargo “mucho”. Dotado de un sentido innato de la armonía en todas las cosas, admitió no obstante que conocía la importancia de la discordancia, que es la base de la polifonía: “Para que la música sea bella, se requiere no sólo que las voces sean claras, nítidas y distintas, sino también que estén enlazadas de tal modo que constituyan una consonancia y una armonía agradables, en virtud de la unión existente en la distinción y distinción de las voces, lo que, no sin razón, se llama acorde discordante, o mejor dicho, discordia concordante”. El laúd se menciona a menudo en sus escritos, lo que no es de extrañar, sabiendo que el siglo XVI fue la edad de oro de este instrumento.

Actividades extraescolares

La escuela no absorbía por completo la vida de nuestro joven, que también necesitaba relajarse. A partir de 1560, los jesuitas iniciaron nuevas orientaciones, como la reducción del horario diario, la inserción del recreo entre

las horas de clase y las de estudio, el descanso después de las comidas, la creación de un amplio "patio" para el recreo, el paseo una vez a la semana y las excursiones. El autor de la *Filotea* recuerda los juegos en los que tuvo que participar durante su juventud, cuando enumera "el juego de la pallacorda (especie de tenis), la pelota, las carreras de sortijas, el ajedrez y otros juegos de mesa". Una vez a la semana, los jueves, o si esto no era posible, los domingos, se reservaba una tarde entera para divertirse en el campo.

¿El joven Francisco asistía e incluso participaba en obras de teatro en el internado de Clermont? Es más que probable, porque los jesuitas eran los promotores de obras de teatro y comedias morales presentadas en público en un escenario, o en tarimas montadas sobre caballetes, incluso en la iglesia del colegio. El repertorio se inspiraba generalmente en la Biblia, en la vida de los santos, especialmente en los actos de los mártires, o en la historia de la Iglesia, sin excluir escenas alegóricas como la lucha de las virtudes contra los vicios, diálogos entre la fe y la Iglesia, entre la herejía y la razón. Generalmente se consideraba que una representación de este tipo bien valía un sermón bien pronunciado.

Equitación, esgrima y danza

Su padre veló por la completa formación de Francisco como perfecto caballero y la prueba está en que le exigió que se dedicara a aprender las "artes de la nobleza" o artes caballerescas en las que él mismo destacaba. Francisco tuvo que practicar la equitación, la esgrima y la danza.

En cuanto a la práctica de la esgrima, se sabe que distinguía la tarea caballerisca, del mismo modo que llevar una espada formaba parte de los privilegios de la nobleza. La esgrima moderna, nacida en España a principios del siglo XV, había sido codificada por los italianos, que la dieron a conocer en Francia.

Francisco de Sales tuvo a veces ocasión de mostrar su destreza en el manejo de la espada durante asaltos reales o

simulados, pero a lo largo de su vida libró desafíos a duelo que a menudo acababan con la muerte de un contendiente. Su sobrino contó que, durante su misión en Thonon, incapaz de detener a dos “desgraciados” que “practicaban la esgrima con espadas desnudas” y “no dejaban de cruzar sus espadas una contra otra”, “el hombre de Dios, confiando en su destreza, aprendida debidamente durante mucho tiempo, se lanzó contra ellos y los derrotó de modo que lamentaron su indigna acción”.

En cuanto a la danza que había adquirido títulos nobiliarios en las cortes italianas, parece que fue introducida en la corte francesa por Catalina de Médicis, esposa de Enrique II. ¿Participó Francisco de Sales en algún *ballet*, danza figurativa, acompañada de música? No es imposible, pues tenía conocidos en algunas de las grandes familias.

En sí mismas, escribiría más tarde en la *Filotea*, las danzas no son algo malo; todo depende del uso que se haga de ellas: “Jugar, bailar es lícito cuando se hace por diversión y no por afecto”. Añadamos a todos estos ejercicios el aprendizaje de la cortesía y los buenos modales, especialmente con los jesuitas, que prestaban mucha atención a la “urbanidad”, la “modestia” y la “honestidad”.

Formación religiosa y moral

En el plano religioso, la enseñanza de la doctrina cristiana y del catecismo era de gran importancia en los colegios jesuitas. El catecismo se enseñaba en todas las clases, se aprendía de memoria en las inferiores siguiendo el método de la *disputatio* y con premios para los mejores. A veces se organizaban concursos públicos con una puesta en escena motivada por la religión. Se cultivaba el canto sagrado, que los luteranos y calvinistas habían desarrollado mucho. Se hacía especial hincapié en el año litúrgico y las fiestas, utilizando “historias” de las Sagradas Escrituras.

Comprometidos con el restablecimiento de la práctica de los sacramentos, los jesuitas animaban a sus alumnos no sólo a asistir diariamente a misa, costumbre nada

excepcional en el siglo XVI, sino también a la comunión eucarística frecuente, a la confesión frecuente y a la devoción a la Virgen y a los santos. Francisco respondió con fervor a las exhortaciones de sus maestros espirituales, comprometiéndose a comulgar “lo más a menudo posible”, “al menos cada mes”.

Con el Renacimiento, la *virtus* de los antiguos, debidamente cristianizada, volvió al primer plano. Los jesuitas se convirtieron en sus protagonistas, alentando a sus alumnos al esfuerzo, la disciplina personal y la autorreforma. Francisco se adhirió sin duda al ideal de las virtudes cristianas más estimadas, como la obediencia, la humildad, la piedad, la práctica del deber del propio estado, el trabajo, las buenas costumbres y la castidad. Más tarde dedica toda la parte central de su *Filotea* al “ejercicio de las virtudes”.

Estudio de la Biblia y teología

Un domingo de carnaval de 1584, mientras todo París salía a divertirse, su tutor vio que Francisco parecía preocupado. Sin saber si estaba enfermo o melancólico, le propuso que asistiera a los espectáculos de carnaval. A esta propuesta, el joven respondió con esta oración tomada de las Escrituras: “Aparta mis ojos de las cosas vanas”, y añadió: “*Domine, fac ut videam*”. ¿Ver qué? “La Sagrada Teología”, fue su respuesta; “me enseñará lo que Dios quiere que mi alma aprenda”. El P. Déage, que preparaba su doctorado en la Sorbona, tuvo la sabiduría de no oponerse al deseo de su corazón. Francisco se entusiasmó con las ciencias sagradas hasta el punto de saltarse las comidas. Su tutor le daba sus propios apuntes y le permitía asistir a debates públicos sobre teología.

La fuente de esta devoción no se encontraba tanto en los cursos de teología de la Sorbona como en las clases de exégesis del Colegio Real. Tras su fundación en 1530, este Colegio fue testigo del triunfo de nuevas tendencias en el estudio de la Biblia. En 1584, Gilbert Genebrard, benedictino

de Cluny, comentó el *Cantar de los Cantares*. Más tarde, cuando compuso su *Teotimo*, el obispo de Ginebra se acordó de este maestro y lo nombró "con reverencia y emoción, porque - escribió- fui su alumno, aunque infructuoso cuando enseñaba en el colegio real de París". A pesar de su rigor filológico, Genebrard le transmitió una interpretación alegórica y mística del *Cantar de los Cantares*, que le encantó. Como escribe el padre Lajeunie, Francisco encontró en este libro sagrado "la inspiración de su vida, el tema de su obra maestra y la mejor fuente de su optimismo".

Los efectos de este descubrimiento no se hicieron esperar. El joven estudiante vivió un periodo marcado por un fervor excepcional. Se unió a la Congregación de María, una asociación promovida por los jesuitas, que reunía a la *élite* espiritual de los estudiantes de su colegio, del que pronto se convirtió en asistente y luego en "prefecto". Su corazón estaba inflamado por el amor de Dios. Citando al salmista, decía que estaba "ebrio de la abundancia" de la casa de Dios, lleno del torrente de la "voluptuosidad" divina. Su mayor afecto estaba reservado a la Virgen María, "bella como la luna, resplandeciente como el sol".

La Devoción en crisis

Este fervor sensible duró un tiempo. Luego vino una crisis, un "extraño tormento", acompañado del "miedo a la muerte repentina y al juicio de Dios". Según el testimonio de la madre de Chantal, "dejó casi por completo de comer y dormir y se volvió muy delgado y pálido como la cera". Dos explicaciones han atraído la atención de los comentaristas: las tentaciones contra la castidad y la cuestión de la predestinación. No es necesario detenerse en las tentaciones. La forma de pensar y actuar del mundo circundante, los hábitos de ciertos compañeros que frecuentaban a "mujeres deshonestas", le ofrecían ejemplos e invitaciones capaces de atraer a cualquier joven de su edad y condición.

Otro motivo de crisis era la cuestión de la predestinación, tema que estaba a la orden del día entre los

teólogos. Lutero y Calvino lo habían convertido en su caballo de batalla en la disputa sobre la justificación sólo por la fe, independientemente de los “méritos” que el hombre pueda adquirir mediante las buenas obras. Calvino había afirmado con decisión que Dios “determinó lo que quería hacer con cada hombre individualmente, pues no los crea a todos en la misma condición, sino que destina a unos a la vida eterna y a otros a la condenación eterna”. En la misma Sorbona, donde Francisco seguía cursos, se enseñaba, con la autoridad de San Agustín y Santo Tomás, que Dios no había decretado la salvación de todos los hombres.

Francisco se creía reprobado por Dios y destinado a la condenación eterna y al infierno. En el colmo de su angustia, realizó un acto heroico de amor desinteresado y de abandono a la misericordia de Dios. Incluso llegó a la conclusión, absurda desde un punto de vista lógico, de aceptar voluntariamente ir al infierno, pero a condición de no maldecir al Bien Supremo. La solución a su “extraño tormento” se conoce, en particular, a través de las confidencias que hizo a la madre de Chantal: un día de enero de 1587, entró en una iglesia cercana y, tras rezar en la capilla de la Virgen, le pareció que su enfermedad había caído a sus pies como “escamas de lepra”.

En realidad, esta crisis tuvo algunos efectos realmente positivos en el desarrollo espiritual de Francisco. Por un lado, le ayudó a pasar de la devoción sensible, quizá egoísta e incluso narcisista, al amor puro, despojado de toda gratificación interesada e infantil. Y por otra, abrió su espíritu a una nueva comprensión del amor de Dios, que quiere la salvación de todos los seres humanos. Ciertamente, siempre defenderá la doctrina católica sobre la necesidad de las obras para salvarse, fiel en esto a las definiciones del Concilio de Trento, pero el término “mérito” no gozará de sus simpatías. La verdadera recompensa del amor sólo puede ser el amor. Estamos aquí en la raíz del optimismo salesiano.

Equilibrio

Es difícil exagerar la importancia de los diez años vividos por el joven Francisco de Sales en París. Allí concluyó sus estudios en 1588 con la licencia y el magisterio "en artes", lo que le abrió el camino a estudios superiores de teología, derecho y medicina. ¿Cuáles eligió, o más bien, cuáles le impuso su padre? Conociendo los ambiciosos planes que su padre tenía para su hijo mayor, se comprende que el estudio del derecho fuera su preferencia. Francisco estudió Derecho en la Universidad de Padua, en la República de Venecia.

De los once a los veintiún años, es decir, durante los diez años de su adolescencia y juventud, Francisco fue alumno de los jesuitas en París. La formación intelectual, moral y religiosa que recibió de los padres de la Compañía de Jesús dejaría una huella que conservaría durante toda su vida. Pero Francisco de Sales conservó su originalidad. No cayó en la tentación de hacerse jesuita, sino capuchino. El "salesianidad" siempre tendrá rasgos demasiado particulares como para asimilarse sin más a otras formas de ser y de reaccionar ante las personas y los acontecimientos.